

LA IGLESIA COMUNIDAD SIEMPRE EN CAMINO:

Itinerario para la elaboración e implementación
de nuestro plan de pastoral



ARQUIDIÓCESIS DE MONTERREY
EN MISIÓN PERMANENTE

IV CARTA PASTORAL

Mons. Rogelio Cabrera López
Arzobispo de Monterrey

IV Carta Pastoral

LA IGLESIA Comunidad siempre en CAMINO:

Itinerario para la elaboración e
implementación de nuestro plan de
pastoral

*“Y a dónde yo voy ya saben el camino”.
Le dice Tomás, ‘Señor no sabemos a dónde vas,
¿cómo podemos saber el camino?’. Le dice Jesús:
‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’”
Jn 14, 4-5*

Presentación

A los hermanos y hermanas laicos, a los y las consagradas, a los diáconos, a los hermanos presbíteros, que junto con nosotros sus obispos peregrinan en la fe en esta Iglesia particular de Monterrey.

A todas las personas de buena voluntad.

Estimados todos en El Señor:

Les entrego esta IV Carta Pastoral titulada: “LA IGLESIA Comunidad siempre en CAMINO”, en la que deseo brindar algunas reflexiones que nos ayuden a asumir una espiritualidad y mentalidad pastoral para que, en sintonía con las luces que el Espíritu Santo está suscitando en la Iglesia universal y latinoamericana, les ponga y nos ponga a todos, en camino de planeación hacia el que será nuestro nuevo Plan de Pastoral (2017-2019) que como seguramente habrán escuchado, está en proceso de preparación.

Les exhorto a leer detenidamente esta carta que nos ayudará, en continuidad con las tres anteriores, a recobrar la intencionalidad de nuestra pastoral diocesana, asumiendo un camino o itinerario de planeación pastoral. Aunque es deseable que sea conocida y leída por el mayor número de fieles, les pido de manera especial, a quienes son ya agentes de pastoral en nuestra Arquidiócesis, sean laicos o laicas, personas consagradas o ministros ordenados, que asuman su lectura con esperanza y que, en su momento, participen activamente en el itinerario de planeación e implementación de nuestro nuevo plan.

Confiando en la providencia de nuestro Padre del cielo, en la presencia de Jesucristo que vive en medio de nosotros y en asistencia del Espíritu Santo que guía siempre a su Iglesia, les entrego esta carta confiando que será de gran ayuda para comprender los caminos que en este tiempo que nos toca vivir, debemos asumir con plena fe, esperanza y caridad para ser en verdad, una Iglesia misionera de puertas abiertas y en salida.

Mons. Rogelio Cabrera López
+Arzobispo de Monterrey+

Introducción:

Planear caminando, con astucia y sencillez

Cuando hablamos de planeación en la vida de la Iglesia, es posible que experimentemos miedos e inquietudes en una doble perspectiva: por un lado, algunos quizá podamos preguntarnos si es válido planear lo que haremos en un período programado de tres a cinco años y es ahí dónde surge el cuestionamiento ¿acaso la planeación a futuro no sería una falta de confianza en la Providencia, ya que el evangelio nos pide no preocuparnos por el mañana? (Cfr. Mt 6,34). Por otro lado, es posible que, para algunos otros, la planeación en la Iglesia podría parecerles muy pobre y deficiente, si se le comparara con las técnicas o métodos con que las empresas hacen sus planes estratégicos de crecimiento y expansión. La doble tentación ante la planeación consistiría entonces en asumir estas posturas, contraponiéndolas de manera radical: dejándolo todo en manos de Dios sin intentar nosotros planear la acción pastoral o bien, haciéndolo todo como si la pastoral y sus frutos dependiera únicamente de nuestras fuerzas organizativas. La Iglesia en su sabiduría ancestral guiada siempre por el Espíritu Santo e inspirada en la pedagogía de Dios consignada en la Sagrada Escritura y expresada en la Tradición y el Magisterio, ha equilibrado en su actividad y planeación espacios, tanto para la creatividad e iniciativa de la acción divina, como para la creatividad y acción humana dentro de la cuál cabe la planeación pastoral.

Un plan de pastoral en fidelidad a la pedagogía del evangelio asume una postura que equilibra prudentemente ambas visiones de la planeación. Jesús antes de enviar a sus discípulos en misión, al capacitarlos en las actitudes que debían acompañar a su acción pastoral les indicó: *“Sean sencillos como palomas y astutos como serpientes”* (Mt 10, 16b). La sencillez y la astucia son dos cualidades que acompañan de manera integrada la personalidad de Jesús. Si analizamos esta bella imagen, aprenderemos que es posible equilibrar fe y razón, docilidad al Espíritu e inteligencia humana, confianza en la providencia y creatividad humana. La paloma eleva el vuelo, tiene una visión de largo alcance, se deja guiar por el viento y aprovecha las corrientes de aire para desplazarse, sugiriéndonos así la vida y gracia del Espíritu que en la Iglesia nos conduce y nos hace ver desde otra óptica la realidad; la serpiente por el contrario y de manera complementaria, toca tierra, observa, es cautelosa, conoce las rutas de su posible presa, espera y estratégicamente consigue atrapar su objetivo, sugiriéndonos así la audacia, la inteligencia y la planeación estratégica. Jesús nos invita a integrar la sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente. Con la astucia de la serpiente tenemos que valorar todas las herramientas y métodos que nos ayuden estratégicamente a planear acciones pastorales bien organizadas que realmente nos faciliten a su vez a cumplir los objetivos y metas que asumamos en

nuestro plan de pastoral; pero al mismo tiempo, con la sencillez de la paloma debemos estar abiertos a que el Espíritu nos cambie de planes y que una vez que hemos iniciado una ruta tengamos que modificarla, adaptarla o simplemente abandonarla, si El Señor en su Providencia hace surgir nuevas situaciones que nos abren caminos no planeados que superan por mucho lo que se había proyectado. A esta postura equilibrada de saber planear y al mismo tiempo estar abiertos a ir reprogramando o afinando el programa le hemos llamado “planear caminando”.

Recobrar la intencionalidad

El objetivo de esta IV Carta Pastoral, que se publica en el contexto del diseño e implementación de nuestro nuevo Plan de Pastoral 2016-2019, es ayudarnos a recuperar la intencionalidad de la acción pastoral. ¿Qué significa recuperar la intencionalidad? significa discernir, guiados por el Espíritu Santo y el Magisterio pastoral universal y latinoamericano, si en verdad estamos siendo fieles al Evangelio y a la persona de Jesús, a quien deseamos seguir fielmente. Un principio básico de la acción pastoral es que la fe tiene que ser transmitida con la misma pedagogía con que fue revelada, es decir, debe valerse del mismo estilo y actitudes, así como de los principios con los que Dios nos ha comunicado la Buena Nueva. Aunque nos parezca difícil de creer, hay modos de planear y realizar las cosas, aún las cosas de Dios, que son totalmente contrarios a la pedagogía de Dios. El enemigo es experto en tentarnos al presentarnos caminos a seguir engañosos, pero atractivos por ser fáciles y aparentemente exitosos, que nos pueden llevar a conseguir, parecería, los objetivos deseados: “*Si te arrodillas y me adoras, te daré todos los reinos*” (Mt 4, 8). El demonio ofrece a Jesús una clase de tentación pastoral. El enemigo le muestra desde lo alto de un monte, desde arriba, una visión ambiciosa muy amplia y le ofrece un camino fácil, rápido y sin mucho sacrificio para “llegar a todos”. ¿A caso no es ese el objetivo de la misión? ¿No era la idea llegar a todos? Jesús, en fidelidad al Padre y al pueblo de Dios en el que se ha encarnado, rechaza la tentación de una metodología “expres” y “light” y decide hacer su camino, desde abajo, con la gente sencilla, sin poder, sin gloria, ni métodos exitosos. Su método será la sencillez, la paciencia, la bondad, la misericordia y por supuesto, la disponibilidad misionera para ir a todos los lugares. Los invito a recuperar la intencionalidad de nuestra acción pastoral. Somos seguidores de Jesús y debemos revisar si acaso hemos caído en alguna tentación pastoral. No nos desanimemos si descubrimos que sí. No tengamos miedo de hacer o corregir juntos el camino de planeación pastoral que sea fiel al evangelio.

Para lograr el objetivo de esta carta, en el capítulo primero expongo la justificación teológica ante la propuesta de ser una Iglesia que se auto comprende como una “comunidad siempre en camino”; en el segundo capítulo plantearé los desafíos pastorales y culturales que tanto al interior como al exterior de la Iglesia enfrentaremos si queremos asumir el reto del camino de planeación; en el tercer capítulo explicaré la estrategia que queremos asumir para vencer los desafíos, proponiendo el “paradigma” o nueva mentalidad pastoral que la Iglesia nos propone asumir ante la realidad que vivimos y ante la misión que debemos

realizar; en el capítulo cuarto, les ofrezco algunas pistas de pedagogía y espiritualidad, inspiradas en el Evangelio de Juan, que nos ayudarán a realizar su lectura que deseo sea llevada a cabo como fuente principal de inspiración de toda la planeación y ejecución de nuestro nuevo plan de pastoral; en el capítulo quinto finalmente presentaré brevemente el proceso, metodología y lenguaje que propondrá nuestro nuevo plan de pastoral. Es importante tener claros los límites de esta carta pastoral que debe comprenderse en continuidad con las tres cartas previas y en relación a los fundamentos teológicos y pastorales que ofreceremos en el documento de nuestro Plan de Pastoral 2016-2019. Hay muchas cosas que plantear, que son realmente importantes; sin embargo, nos limitaremos en esta IV Carta pastoral, como lo hemos expresado ya, a ofrecer algunas reflexiones que nos ayuden a asumir una espiritualidad y una nueva mentalidad para poder “planear caminando”. A veces creemos que los planes no se llegan a realizar porque el método es complicado o porque tenemos muchas otras tareas, pero el Papa Francisco nos explica que *“el problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen”* (EG 82). Si logramos recuperar o fortalecer la intencionalidad pastoral, ayudados de esta IV Carta Pastoral, habremos avanzado mucho en el camino de planeación y todo lo demás, vendrá por añadidura.

CAPÍTULO I

La iglesia, comunidad siempre en camino

Si queremos asumir, como hemos propuesto en la introducción, una postura equilibrada donde integremos la planeación para la misión desde la sencillez de la paloma y la astucia de la serpiente—entendidas ambas posturas como apertura a la acción de Dios que interviene en la historia del ser humano y como inteligencia y habilidad propia del esfuerzo humano—lo haremos no como una novedad metodológica, sino ante todo, inspirados en la pedagogía de la fe que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos han revelado a lo largo de la historia de la Salvación. El Pueblo de Israel nace y es educado “en camino” donde aprenderá a creer en la providencia de Dios que lo asiste y educa peregrinando en busca de la tierra prometida. Jesús el Hijo de Dios, convoca sus discípulos caminando y los invita a seguirle incondicionalmente para que una vez que los seguidores de Jesús reciben el Espíritu Santo en Pentecostés, quien a su vez los irá guiando hasta la verdad plena, se identifiquen a sí mismos como “los del camino” dada la característica itinerante de aquella primera e incipiente comunidad eclesial. El convocar y educar caminando para realizar el proyecto de Dios en su Pueblo, es un rasgo común de la pedagogía de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Veamos ahora de manera breve, a manera de inspiración y mística de nuestra acción pastoral, cómo se desarrolló en la historia de salvación y en la vida de la Iglesia naciente la identidad de la Iglesia como comunidad siempre en camino.

1.1 Israel, un pueblo que se forma caminando

Lo primero que debemos preguntarnos, si hablamos de comunidad en camino, es dónde o cómo nace este concepto de educar caminando. En la Sagrada Escritura, la estabilidad del Paraíso parecería ser lo contrario a la experiencia de caminar sin tierra. En efecto, la enseñanza bíblica nos manifiesta la voluntad de Dios de dar al ser humano y a la familia

una tierra donde la creación entera; frutas, hierbas y seres vivientes, están a su servicio garantizando así una estabilidad y bienestar (Cfr. Gn 1, 29). Como consecuencia de la desobediencia y el pecado, el ser humano no solo trabajará la tierra con el sudor de su frente (Cfr. Gn 3, 19), sino que, además, tal es el caso de Caín y de muchos otros, comenzará una vida errante como vagabundo, ya que, aunque labre el suelo, éste no le dará fruto (Cfr. Gn 4, 12). El Papa Francisco identifica el concepto “errante” en contraposición al concepto de “peregrinación” comprendido este último como una cualidad de la fe: *“Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes, que giran siempre en torno a sí mismos sin llegar a ninguna parte”* (EG 170).

Es el mismo libro del Génesis, primero de la Biblia, el que introduce el concepto de camino, salida o peregrinación desde una óptica positiva. En efecto, todo inicia con la fe de Abraham, cuando El Señor le dice: *“Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti un gran pueblo”* (Cfr. Gn 12, 1-2). Sin la disposición a salir no es posible nada desde la óptica de la fe. La salida de la casa paterna y el abandono de la tierra significaba para Abraham, como para cualquiera de nosotros, la renuncia a los propios proyectos y la confianza en el proyecto de Dios. Formar un “gran pueblo” sólo será posible gracias a una fe como la de Abraham. Aquí, en contraposición a la desobediencia que conduce a errar por el camino sin rumbo y sin tierra, la obediencia de Abraham, como acto de fe, presenta un cambio de perspectiva en lo que significará caminar sin tierra propia, dejando de entenderse esto como un castigo y convirtiéndose en una cualidad de fe auténtica que exige del creyente dejar tierra y casa, pero con la promesa de una nueva tierra. ¿Cuál es la tierra vieja y la casa que hay dejar? ¿Cuál es hoy nuestra tierra? ¿Qué es la casa paterna? Todos los seres humanos tenemos seguridades y afectos. La tierra es la seguridad y, la casa paterna son los afectos. Abraham *“marchó, como le había dicho el Señor...”* (Gn 12, 4). Salió con su familia en dirección a Canaán y ahí se estableció, pero al poco tiempo hubo dificultades y, de hecho, pasaron veinticinco años desde que dejó su tierra creyendo en la promesa de Dios, antes de que Dios cumpliera esa promesa concediéndole un hijo y una descendencia de la que nacería el Mesías y en la que serían benditas todas las naciones de la tierra. Ante la maldición de Caín errante, ahora hay bendición gracias a un largo camino de peregrinación que solo en la obediencia de la fe es posible realizar, no obstante, las dificultades que le son propias a esta experiencia de fe.

Descubramos ahora una enseñanza para nosotros, que tenemos la intención de hacer un camino de planeación pastoral. Dios nos pide salir de nuestras seguridades y afectos, dejar tierra y casa paterna, para salir en busca de una tierra prometida. Sí, necesitamos buscar juntos una nueva manera de caminar en la fe, de abrirnos a la búsqueda obediente de la voluntad de Dios. ¿Qué pasaría si hoy, los hombres y mujeres de fe en nuestra Arquidiócesis tuviéramos la disponibilidad de Abraham y Sara para caminar en fe dejando lo que nos encadena; costumbres, estilos, horarios y tantas cosas que nos impide abrirnos a la promesa de un cielo nuevo y una tierra nueva, de una sociedad nueva? Seguramente,

bendiciones grandes e incontables como las estrellas del cielo, que no podemos imaginar, llegarían a nuestras familias, movimientos, comunidades y parroquias. Una cosa debemos tener claro, quién camina tendrá dificultades. Se necesita querer hacer las cosas de otra manera, es decir, creer en la renovación a la que nos invita el Papa Francisco. Por ello, nuestra planeación pastoral deberá estar relacionada con “la salida”, es decir, con el abandono de afectos, seguridades, en otras palabras, en dejar de hacer las cosas como siempre las hemos venido haciendo.

Si bien es cierto que la fe de Abraham marcó la identidad del pueblo de Israel como pueblo peregrino, hay otro hecho que le impactará de manera definitiva: la estancia en Egipto, su salida y el éxodo por el desierto hasta llegar a la tierra prometida para Abraham y su descendencia. Después de cuatrocientos años de aparente “estabilidad” y a la vez de esclavitud, Dios se revela a Moisés y le dice: *“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra y llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel”* (Ex 3, 7-8). Todo el camino del éxodo, cuarenta años, fue un tiempo en el que Dios ayudó a su pueblo a conocerse a sí mismo y a conocer sus designios manifestados especialmente en la Alianza, como pacto de mutua fidelidad en el que el pueblo se compromete a cumplir los mandamientos de la Ley de Dios. Ahora bien, aunque había una meta clara: llegar a la tierra que mana leche y miel; y aunque la providencia de Dios los acompañaba con mano poderosa y brazo extendido desde el momento de la salida de Egipto, al poco tiempo, en la experiencia del camino por el desierto el pueblo se ve tentado a desandar el camino. El hecho de salir de la tierra de Egipto, aunque no fuera propia y el añorar el pescado, las cebollas, pepinos, melones que allí comían siendo esclavos (Cfr. Num 11, 5) hace que el pueblo entre en crisis. Dejar las seguridades provoca en los israelitas un fenómeno interesante, puesto que tienen miedo a la libertad, extrañan la esclavitud. Algo parecido nos sucede a muchos de nosotros ante una propuesta de renovación eclesial: tenemos miedo a la tierra y vida nueva y preferimos las cebollas de Egipto, aunque sigamos siendo esclavos atados a nuestras costumbres que nos dan cierta seguridad. Este miedo a la libertad lo experimentaron también las comunidades paulinas aferradas a las seguridades de la Ley (Cfr. Gal 5, 1ss) y lo experimentamos también nosotros cuando hacemos nuestra aquella frase de “¡Es que siempre se ha hecho así!”.

Peregrinar para nosotros como Iglesia diocesana no significa caminar errantes sin planear. Se peregrina porque se tiene una meta, un objetivo claro que nos indique el lugar al que somos llamados y a dónde queremos llegar. Pidamos juntos como Iglesia particular de Monterrey a Dios que vea nuestras esclavitudes, que escuche nuestras oraciones, que nos libre de lo que nos oprime como pueblo de Dios y que nos lleve a una tierra fértil. Pidámosle que nos libre de hacernos esclavos de nuestras ideas que no nos dejan avanzar, de aferrarnos a proyectos o estilos pastorales que lejos de liberarnos a nosotros y al pueblo de Dios al que servimos, nos esclavizan en la inmovilidad o en la cerrazón y hacen más mal que bien a nuestra gente. Dios nos invita hoy a salir en éxodo, pero con una meta clara sabiendo a dónde queremos llegar para poder ser bendición y liberación para tantos

hermanos y hermanas nuestras que se encuentran errantes sin la fe que dé un sentido a sus vidas o esclavizados por tantas ataduras propias de la cultura y el mundo moderno que está olvidando a Dios refugiándose en falsas seguridades. Nuestra planeación pastoral asume una historia de Salvación a la que nos sumamos y de la que aprendemos. Somos llamados a caminar confiando en que el Padre creador de todo, en su providencia nos dará lo necesario y nos liberará de aquello que nos impida caminar en libertad. Como Israel, no temamos a caminar y a pasar entre las aguas. Con Pedro y los apóstoles *“llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas”* (DA 551).

1.2 Jesús convoca, forma y envía a sus discípulos caminando

En el evangelio de San Marcos, del grupo de los sinópticos, que es el más antiguo, vemos a Jesús que llama a sus discípulos caminando. *“Caminando Junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban las redes al lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: “Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres”. Inmediatamente, dejando las redes, le siguieron”* (Mc 1, 16-18). ¡Reflexionemos un poco! Jesús camina, los discípulos a los que llama están trabajando, después lo siguen. A Jesús no lo seguimos más que caminando, es decir, con la libre disposición de movernos, de escucharlo y obedecerlo en su Palabra. ¡Jesús llama a quien trabaja! A los discípulos que elige, los encuentra trabajando, esto es significativo. No llama a quien no hace nada, llama a quien trabaja. Para ser llamado por Dios, aunque éste sea gratuito, una exigencia es trabajar y colaborar con Jesús, en el proyecto de Dios nuestro Padre y creador de todo lo que existe. *“Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”* (Jn 5,17). Para Jesús dejar las redes y “caminar” detrás de Él no es sinónimo de vagar, de andar errantes, sino de ser llamados a trabajar en la construcción del Reino de Dios. Jesús nos llama porque tiene un plan de trabajo, un proyecto de salvación, y nos invita precisamente a sumarnos a trabajar incansablemente para llevarlo a cabo.

Es interesante que Jesús haya elegido la figura del camino, del seguimiento y desprendimiento para indicar la característica básica, el examen de admisión de todo el que quiera ser su discípulo. El que no camina se queda atrás, no avanza y pronto pierde su punto de referencia que es Jesús. No podemos estar sentados e inmóviles. Además, Jesús exige una respuesta pronta e inmediata a su llamado y a iniciar el camino. Pero Jesús no exige algo que Él no esté haciendo, si llama a caminar es porque está caminando: *“Mientras iba caminando, uno le dijo: “te seguiré a dondequiera que vayas”. Jesús le dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza””* (Lc 9, 58). El seguimiento nos exige una conversión personal y eclesial en perspectiva pastoral, nos exige también seguir a Jesús caminando. Ahora no es válido establecerse, adueñarse o aislarse solo en un grupo o movimiento, en una parroquia o un lugar específico. Sin dejar nuestros grupos y lugares de referencia donde hemos sido llamados y enviados, es necesario que nos sumemos de manera colectiva, juntos como parroquia, movimiento, comunidad o grupo al camino de seguimiento de Jesús

como la Iglesia nos lo propone hoy en su Magisterio pastoral. Un plan de pastoral busca ayudarnos a comprender el modo de seguir hoy a Jesús y a que todos en la Iglesia caminemos juntos, aunque cada uno mantenga su carisma propio. Jesús llama a trabajar y necesita disponibilidad del que le sigue. ¡Seguimiento es movimiento! Hoy es necesario movernos, nos dice el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, hay que *primerear*, tomar la iniciativa e ir al encuentro de los demás. No podemos esperar a que la gente venga a nosotros.

1.3 El Espíritu guía a la Iglesia hacia un cielo y una tierra nueva

Como hemos visto ya, el pueblo de Dios es convocado y educado en la fe “en camino”, desde la peregrinación emprendida por Abraham, hasta el Éxodo por el desierto. Jesús a su vez convoca a sus discípulos a seguirle, los forma y envía a la misión, “en camino”, por lo que la conversión necesaria para ser su discípulo adquiere la categoría de “seguimiento”. Con estos fundamentos, era de esperar que la Iglesia, desde sus inicios asumiera esta identidad de ser una comunidad siempre “en camino”. No es casualidad que, en los primeros años de la vida de la Iglesia, en los días posteriores a Pentecostés, a los seguidores de Jesús se le conocía como los “seguidores del camino” (Cfr. Hch 18,26; 19,23). ¿Por qué se les llamaba así? Ellos conocían y entendían la vida cristiana como camino, y no sólo porque seguían a Jesús que es el Camino, sino porque la vida cristiana es un peregrinar. En el día de la resurrección, dos discípulos desandan en su ruta, y se encuentran a Jesús “en el camino” hacia Emaús, y es caminando como Él les explica las Escrituras y como los conduce al banquete Eucarístico y al encuentro con Él en la comunidad eclesial (Cfr. Lc 24, 13-35). Pero un nuevo camino apenas comienza. Recordemos que, en la última cena, Jesús les prometió a sus discípulos que a su partida, Otro los guiaría: “*Cuando Él venga, el Espíritu de la verdad, los irá guiando hasta la verdad plena*” (Jn 16,13). Como fruto de su Pasión, Muerte y Resurrección, Jesús promete a sus discípulos y a la Iglesia de todos los tiempos el don del Espíritu; promesa que se comienza a realizar incluso desde el mismo día de la resurrección (Cfr. Jn 20, 22) e incluso desde la misma pasión, según la teología del cuarto evangelio, cuando de su costado abierto brotó sangre y agua (Cfr. Jn 19, 34). Pero será cincuenta días después del gran día de la resurrección, cuando Jesús glorificado, enviará, de manera “significativa” sobre sus discípulos, el Espíritu Santo: “*Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra (Cfr. Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificará continuamente a la Iglesia y de esta manera los creyentes pudieran ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu*” (LG 4).

La Iglesia de ayer y hoy no puede hacer otra cosa que seguir los pasos de su Señor. Recordemos que Jesús, como nos narra bellamente el Beato Pablo VI, durante toda su vida y misión fue movido por el Espíritu: “*No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo. Sobre Jesús de Nazaret el Espíritu descendió en el momento del bautismo, cuando la voz del Padre —‘Tú eres mi hijo muy amado, en ti pongo mi*

complacencia— manifiesta de manera sensible su elección y misión. Es ‘conducido por el Espíritu’ para vivir en el desierto el combate decisivo y la prueba suprema antes de dar comienzo a esta misión. ‘Con la fuerza del Espíritu’ vuelve a Galilea e inaugura en Nazaret su predicación, aplicándose a sí mismo el pasaje de Isaías: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí’. ‘Hoy—proclama Él—se cumple esta Escritura’. A los Discípulos, a quienes está para enviar, les dice alentando sobre ellos: ‘Recibid el Espíritu Santo’. En efecto, solamente después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los Apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización de la Iglesia” (EN 75). A partir de la gran efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, la Iglesia naciente abre las puertas de su encierro, vence el miedo y sale valiente a una misión permanente e itinerante a todos los rincones del mundo. Basta leer el libro de los Hechos de los Apóstoles para comprender que quienes han sido bautizados en el Espíritu Santo se convierten en misioneros valientes, desprendidos, disponibles y entregados apasionadamente a la misión evangelizadora. La misión de la Iglesia y una renovación en clave misionera no pueden llevarse a cabo sin la guía y la fuerza del Espíritu. Por eso los Obispos de América Latina en Aparecida, convencidos de esta verdad, afirmamos que para lograr una misión permanente en la que los bautizados se convierta en discípulos misioneros, necesitamos y esperamos “un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza” (DA 262).

¿Qué consecuencias pastorales podemos sacar de esta enseñanza en el contexto de nuestro nuevo plan de pastoral? “A veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una esmerada programación y de su sucesiva aplicación inteligente, mediante un compromiso concreto. Ciertamente, El Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier respuesta nuestra, se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia” [1]. El Espíritu como verdadero protagonista de nuestra planeación y programación pastoral nos ayudará a encontrar, como nos dice el Papa Francisco, “nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11). Hermanos, sin el Espíritu todo se torna caduco y vacío, pues sin Él todo carece de vida, por eso, El Espíritu es el Dios de la vida a través de cual Jesús hace todo nuevo (Cfr. Ap 21, 5). La novedad, y la frescura del Evangelio, y de nuestro próximo plan de pastoral será nuevo en la medida en que, como Iglesia diocesana nos dejemos guiar por los caminos del Espíritu. Recordemos aquella bellísima enseñanza de Hch 10, cuando Pedro recibe del Espíritu Santo una orden de salir e ir a casa de Cornelio. Pedro se resiste, ya que, aunque ha caminado con Jesús tres años, aún no comprende del todo la repercusión pastoral del evangelio y desafía la orden de lo alto que le pide salir e ir a casa de aquél pagano; sin embargo, Pedro, aún desconcertado sale, se pone en camino a casa de Cornelio, entra en su casa y apenas comenzaba a predicar el kerigma cuando el Espíritu Santo se derrama sobre Cornelio y su familia al igual que en Pentecostés se derramó sobre los apóstoles y el resto de los discípulos. Pedro sorprendido por esta iniciativa divina no ve inconveniente en bautizarlos sin más trámites ni dilaciones. El problema ahora será explicarles a los demás

apóstoles y presbíteros su actuar, que lo resume así: *“El Espíritu me dijo que fuera sin dudar... ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios?”* (Hch 11, 12.17).

Si queremos ser en verdad una Iglesia en camino, guiada por el Espíritu, debemos abrirnos hoy, bajo la guía de Pedro en sus sucesores, a incursionar nuevos caminos, a obedecer la orden del Espíritu a salir, a obedecer la orden de abrir las puertas de los sacramentos como lo hizo Pedro en casa de Cornelio y a renovar las estructuras que no favorecen la transmisión de la fe.

CAPÍTULO II

Desafíos culturales y pastorales para una Iglesia en camino de planeación pastoral

Cuando hablamos de desafíos, nos referimos a algunos aspectos de la realidad al interior de la Iglesia (*ad intra*) o bien, aspectos externos que tenemos que enfrentar en nuestro camino. Llegar a un objetivo, a una meta, nunca será fácil y habrá que resolver numerosos problemas y superar obstáculos que nos saldrán en el proceso y pueden ocasionar desánimo. El Papa Francisco llama a estos “problemas” u “obstáculos”: *desafíos*, ya que el verbo desafiar, según el diccionario de la Real Academia, significa “enfrentarse a las dificultades con decisión”. Por tanto, un desafío tiene una connotación positiva de reto, pues, aunque sea muy difícil de superar, lejos de desanimarnos nos provoca una actitud y acción en miras a la solución. Los desafíos internos a la vida misma de Iglesia tienen relación con los agentes de pastoral y con las estructuras organizativas, por ello los identificamos con los desafíos propios del discipulado; los desafíos externos a la Iglesia que se refieren a la cultura en la que se desenvuelve y se ve implícita y afectada la comunidad eclesial y su acción pastoral, por lo que los referimos a la misión. Es importante tener claro cuáles son los desafíos tanto al interior (*ad intra*) como al exterior (*ad extra*) de la Iglesia ya que es común que algunos agentes, conscientes de las limitaciones internas personales y estructurales, se desgasten obsesivamente tratando de encontrar a toda costa la solución y corregirlas “antes de salir”; por otro lado, la tentación opuesta podría ser la de quienes se fijan únicamente en las dificultades externas y se focalizan en plantear estrategias para combatirlas, como si las acciones bien planeadas por sí mismas pudieran resolver la problemática. La postura prudente e inteligente en la planeación pastoral será la que logre analizar y enfrentar los desafíos *ad intra* y *ad extra* de manera integrada. Presentamos ahora algunos de los desafíos que consideramos debemos tomar en cuenta en el contexto del inicio de nuestro nuevo plan de pastoral. Hay muchos más desafíos y de hecho nos haría bien releer los que el Papa nos ofrece en sus exhortaciones pastorales *Evangelii Gaudium* y *Amoris Laetitia* y en la Encíclica *Laudato Si*. Por ahora nos limitamos en esta carta pastoral a proponer los desafíos más significativos para nuestra iglesia diocesana en el contexto del inicio de nuestro nuevo plan de pastoral.

2.1 Desafíos pastorales *Ad Intra*.

2.1.1 Primer Desafío: Mirada contemplativa vs Autorreferencialismo.

El primer desafío que enfrentamos como Iglesia y como Arquidiócesis, si queremos ser una Iglesia en camino, es la tentación en la que tanto insiste el Papa Francisco como un mal a vencer: El autorreferencialismo. En primer lugar, podremos preguntarnos ¿qué significa la

palabra autorreferencia? significa que nosotros mismos como personas o como comunidad eclesial nos ponemos como el centro de atención, como modelo a seguir, como referencia. Somos una Iglesia en camino, no porque nosotros somos el camino, sino porque nuestra referencia es Jesús, Él es “el Camino”. Juan bautista da un bello testimonio de la actitud contraria al autorreferencialismo, cuando responde a quienes le interrogan acerca de quién era él: “*Yo no soy el Cristo... yo soy la voz que clama en el desierto; rectifiquen el camino del Señor*” (Jn 1, 20.23); y al día siguiente al ver a Jesús que pasaba lo refiere a dos de sus discípulos: “*He ahí al Cordero de Dios*” (Jn 1, 36) y gracias a ese humilde testimonio “... *los dos discípulos siguieron a Jesús*” (Jn 1, 37). Cuando en Cesarea de Filipo, Pedro quiere indicarle a Jesús cuál camino debe tomar desviándole de su misión, es reprendido por Jesús quien le aclara que sus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres (Cfr. Mt 16, 23) e inmediatamente desafía a Pedro y a los demás discípulos a ponerse detrás de Él, a dejar de ser autorreferencialistas: “*Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*” (Mt 16, 24). La Iglesia como comunidad de discípulos, es permanentemente desafiada a no caer en la tentación del autorreferencialismo y a referir nuestra mirada y la de todos a Jesús, Él es el camino.

El autorreferencialismo como desafío a vencer en la planeación pastoral se presenta además como tentación, ya que “*puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización*” (EG 95). Esta llamada de atención fuerte que el Vicario de Cristo nos hace, muy parecida a la que Jesús hizo a Pedro en Cesarea de Filipo, no puede pasar desapercibida a la hora de elaborar un plan de pastoral y en el momento de programar actividades en las parroquias. Cada vez que tengamos que decidir una acción a realizar, nos debemos preguntar si con ella brilla la luz de Jesús, si lo presentamos a Él como referencia y si lo que hacemos dispone a otros a seguirle a Él y no a nosotros. Pero además, debemos preguntarnos si las actividades que planeamos y ofrecemos en verdad buscan apacentar y beneficiar al pueblo de Dios y no a nosotros mismos. Por tanto, para quienes queremos en verdad “planear en camino”, lo contrario al “autorreferencialismo” sería la “Cristo-referencialidad” y para lograrla, en mi primera Carta Pastoral insistí en la importancia del Kerigma, como primer anuncio del amor de Dios manifestado en Jesús, fundamento irremplazable de todo proceso pastoral. *Evangelii Gaudium* nos explica que “*sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad*” (EG 8). El Santo Padre explica que el autorreferencialismo se nos presenta como “mundanidad espiritual” que sería hoy el fariseísmo y explica que es la postura “*de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar... ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente*” (EG 94).

Para evitar la autorreferencialidad en nuestro plan de pastoral debemos asumir una mirada contemplativa como la de Jesús. El modo como veamos la realidad es el modo como la trataremos. Desafortunadamente algunos agentes de pastoral aún no hemos logrado superar la mirada farisáica que juzga a las personas alejadas sin conocer su vida, su historia, sus problemas reales. De nada serviría un bello plan colmado de objetivos, metas y estrategias si se basara en una mirada autorreferencial. Estoy convencido que en nuestras colonias, barrios y comunidades, aún en donde creemos que la gente está más alejada, existen muchos hermanos y hermanas nuestros que tienen una fe grande, aunque estén en situación irregular o de lejanía en lo que a los sacramentos y participación en las parroquias se refiere. Si logramos mirar a Jesús y observar con fe cómo mira y trata Él a los pecadores y a quienes llamamos alejados, sin juicios ni condenas como lo hizo con la mujer pecadora que se acercó a lavar sus pies con sus lágrimas (Cfr. Lc 7, 36-50), nuestra planeación pastoral sería mucho muy fructífera. El fariseo que invitó a comer a Jesús al ver como ella se acercaba a Él, lo juzga pensando que si fuera profeta sabría que “clase de mujer” lo está tocando. Para Jesús, esa mujer ha amado mucho y tiene fe, por eso se le perdona mucho y le despide en paz. La misma realidad es vista por el fariseo y por Jesús de manera muy distinta. El fariseo es autorreferencial, Jesús ve el corazón de la mujer, es misericordioso. ¿Cómo miramos hoy a la gente alejada? ¿La juzgamos sin conocer su historia y situación? ¿Conocemos las causas reales de que le han llevado a pecar? Si somos autorreferenciales no podremos nunca ver la realidad como Jesús le veía.

2.1.2 Segundo Desafío: Caminar comunitario vs. individualismo

Ante el anhelo de ser y actuar como una Iglesia en camino, es importante plantear adecuadamente y enfrentar comunitariamente el desafío y la tentación del individualismo. Pero ¿qué entendemos por individualismo? Siguiendo el mismo Diccionario de Real Academia, “es la tendencia a pensar y obrar con independencia de los demás, o sin sujetarse a normas generales”. Tanto el documento de Aparecida, como *Evangelii Gaudium* ubican el individualismo como un desafío propio de la cultura actual. *“El individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales”* (EG 67). Refiriéndose a cómo afecta el individualismo a la planeación y participación en la vida pastoral de la Iglesia, el Papa Francisco explica: *“Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. Así, pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren,*

*una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor. Son tres males que se alimentan entre sí” (EG 78). En el proceso de gestación de nuestro nuevo plan de pastoral, hemos querido partir de la mirada contemplativa, pero poniendo el acento en una mirada y una reflexión comunitaria. Por ello, la mirada contemplativa que hemos realizado no la ha llevado a cabo un pequeño grupo de expertos, sino que convocamos a todas las comunidades parroquiales a capacitarse para salir juntos, mirar juntos la realidad, reflexionar juntos y proponer juntos los caminos a seguir en nuestro plan. Gracias a Dios hemos contado con la participación de más de la mitad de las parroquias y comunidades. Pero aquí está el gran desafío que como Iglesia diocesana debemos enfrentar: *Lograr la participación de todos los que caminamos juntos como Iglesia en esta Arquidiócesis de Monterrey.**

El individualismo puede ser también colectivo cuando un grupo, movimiento o comunidad camina aislada, por su lado; trabaja mucho, sí, pero de manera separada de la Iglesia diocesana. Los exhorto a todos a vencer juntos este obstáculo y a encontrar caminos de sinodalidad para garantizar que nuestro nuevo plan de pastoral sea realmente fruto de un caminar juntos. Además, pido a los responsables de todas las instancias o estructuras pastorales, territoriales (parroquias, decanatos y zonas) y funcionales (Secretariados, departamentos y comisiones), que bajo la dirección de la Vicaría de Pastoral, revisen su caminar, su identidad y misión, así como su relación articulada y orgánica con las demás estructuras, ya que muchas veces la no participación de algunos en los eventos pastorales, se debe también a la falta de claridad en procesos y responsabilidades, así como en una comunicación deficiente y no solo al individualismo e indiferentismo del que quizá nos quejamos sin un análisis profundo de las causas. Si queremos que nuestro nuevo plan de pastoral sea asumido por todos y logre generar comunión, es necesario que revisemos y renovemos las estructuras pastorales para facilitar la participación de todos.

Debemos reconocer que la comunión y participación de los movimientos, asociaciones y comunidades de vida consagrada, cuando no logran integrarse plenamente en las estructuras de nuestra Arquidiócesis, no siempre se debe a una actitud individualista, ya que muchas veces la riqueza de sus carismas no es valorada, reconocida ni incluida creativa e inteligentemente en las estructuras diocesanas. *“A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas” (EG 47).* Estas palabras del Papa Francisco dirigidas a los alejados valen también para los organismos y comunidades que no logran sentirse incluidas en nuestras estructuras. Por ello, pido también a los responsables diocesanos de la vida consagrada y de los organismos y movimientos laicales, que desde los carismas diversos busquen creativamente caminos de comunión y participación en los procesos diocesanos de pastoral. Así como el autorreferencialismo tiene el antídoto de caminar siguiendo y mirando a Jesús, también *“ante el individualismo, Jesús convoca a vivir y caminar juntos. La vida cristiana sólo se profundiza y se desarrolla en la comunión fraterna. Jesús nos dice ‘uno es su maestro, y todos ustedes son hermanos’ (Mt 23, 8). Ante la despersonalización, Jesús ayuda a*

construir identidades integradas” (DA 110). Sabemos que la comunión no tiene únicamente una finalidad operativa o funcional, aunque también la tenga; la comunión es indispensable para la misión y para que la Iglesia tenga credibilidad cuando anuncie a Jesús e invite a seguirle: “Que todos sean uno. Como tú Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).

2.1.3 Tercer Desafío: Amor misericordioso vs legalismo_

El *autorreferencialismo* y el *individualismo*, como hemos visto ya, sacan a Jesús y al pueblo de Dios de su propio horizonte de vida por carecer de una mirada contemplativa y de un discernir comunitario, por lo que terminan generando una actitud y una pastoral legalista. Este es el tercer gran desafío a enfrentar al interior de la Iglesia: El *legalismo*. Pero ¿qué significa este término? El diccionario de la Real Academia nos ofrece una doble definición de legalismo. Explica que es la “tendencia a la aplicación literal de las leyes, sin considerar otras circunstancias” y la “formalidad o requisito legal que obstaculiza o impide el eficaz funcionamiento de algo”. Tanto Jesús como la Iglesia en sus primeros años se enfrentaron con un fuerte legalismo entendido en la doble perspectiva arriba definida: por un lado, algunos grupos enseñaban una interpretación literal de la Ley de Dios sin considerar la situación de las personas que no podían cumplirla (pecadores); por otro lado, esa aplicación legalista se convertía en carga pesada para la gente. En los evangelios encontramos en repetidas ocasiones situaciones de conflicto que viven Jesús y sus discípulos por dar un giro a la situación y poner el bien de la persona por encima del mero cumplimiento de la Ley: “El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27), afirmará Jesús con pasión y convicción ante quienes reclaman que haya devuelto la salud a un enfermo en sábado, que era día de descanso según la Ley. También denunciará a los fariseos porque ponen cargas muy pesadas sobre los hombros de la gente y porque ellos no las mueven ni con la punta del dedo (Cfr. Mt 23, 4).

Lo que distingue el actuar de Jesús, que “no ha venido a abolir la Ley, sino a llevarla a su plenitud” (Mt 5, 17) es precisamente el poner a la persona humana creada por Dios como principal beneficiaria de la misericordia y el amor divino. Los que caen en el legalismo en realidad “nunca han escuchado su voz y no han visto su rostro, ni su Palabra permanece en ellos” (Jn 5, 37), explica Jesús, quien no sólo cuestiona esa postura, sino que, además, ofrece en su propia persona y en su comunidad de discípulos, un nuevo modelo de vivir e interpretar la Ley de Dios: “Vengan a mí los que están cansados y abatidos por la carga, que los aliviaré, aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28). En los evangelios el legalismo es identificado con el fariseísmo. El problema del legalismo, sea como sea que le llamemos, es que muchas veces quienes lo practican, no lo aplican a sus propias vidas, sino que ellos no mueven esas cargas pesadas que ponen sobre los hombros de la gente “ni con la punta del dedo” (Mt 23, 4). Por ello enseñan una manera de vivir, según ellos muy religiosa, tan difícil y tan inhumana, que aunque quieran, tampoco ellos pueden cumplirla: “¿Quién de ustedes si se le cae un animal

*a un pozo, no lo saca aunque sea sábado?” (Lc14, 5) cuestiona a quienes se molestan porque ha sanado en sábado a un hombre hidrópico (Cfr. Lc 14, 1-6). Normalmente un legalista vive frustrado y molesto por ver que los demás y él mismo, no puedan cumplir las exigencias de la Ley de Dios según su interpretación equivocada. Se vuelven, explica *Evangelium Gaudium*, “pesimistas quejosos con cara de vinagre” (EG 85).*

También las primeras comunidades cristianas tuvieron que enfrentar el legalismo y desarrollaron bajo la guía de los apóstoles la teología de la gracia y su primado que antecede a la Ley. Las cartas de San Pablo presentan de manera concreta el kerigma cristiano en estos términos como una confrontación con el legalismo que pretendía tomar forma dentro del cristianismo. *“Antes de encontrar a Jesús en el camino a Damasco—El apóstol Pablo—, su vida estaba dedicada a perseguir de manera irreprochable la justicia de la ley (Cfr. Flp 3, 6). La conversión a Cristo lo condujo a ampliar su visión precedente al punto que en la carta a los Gálatas afirma: «Hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley» (2,16). Su comprensión de la justicia ha cambiado ahora radicalmente. Pablo pone en primer lugar la fe y no más la ley. No es la observancia de la ley lo que salva, sino la fe en Jesucristo, que con su muerte y resurrección trae la salvación junto con la misericordia que justifica” (MV 20).*

El origen del legalismo no es siempre mal intencionado en quienes somos agentes pastorales. Muchas veces tiene su origen en creer que la justicia es una virtud que se opone a la misericordia. En la bula *Misericordie Vultus*, el Papa Francisco explica bellamente que *“no será inútil en este contexto recordar la relación existente entre justicia y misericordia. No son dos momentos contrastantes entre sí, sino dos dimensiones de una única realidad que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor. La justicia es un concepto fundamental para la sociedad civil cuando, normalmente, se hace referencia a un orden jurídico a través del cual se aplica la ley. Con la justicia se entiende también que a cada uno se debe dar lo que le es debido. En la Biblia, muchas veces se hace referencia a la justicia divina y a Dios como juez. Generalmente es entendida como la observación integral de la ley y como el comportamiento de todo buen israelita conforme a los mandamientos dados por Dios. Esta visión, sin embargo, ha conducido no pocas veces a caer en el legalismo, falsificando su sentido originario y oscureciendo el profundo valor que la justicia tiene. Para superar la perspectiva legalista, sería necesario recordar que en la Sagrada Escritura la justicia es concebida esencialmente como un abandonarse confiado en la voluntad de Dios” (MV 20).*

La misericordia es por consiguiente el antídoto contra el legalismo. Vale la pena reflexionar, no está por demás, en la explicación que el Papa Francisco nos ofrece de cómo Jesús con su vida y actuar enfrenta el legalismo: *“Jesús habla muchas veces de la importancia de la fe, más bien que de la observancia de la ley. Es en este sentido que debemos comprender sus palabras cuando estando a la mesa con Mateo y otros publicanos y pecadores, dice a los fariseos que le replicaban: «Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,13). Ante la visión de una justicia como mera observancia de la ley*

que juzga, dividiendo las personas en justos y pecadores, Jesús se inclina a mostrar el gran don de la misericordia que busca a los pecadores para ofrecerles el perdón y la salvación. Se comprende porqué en presencia de una perspectiva tan liberadora y fuente de renovación, Jesús haya sido rechazado por los fariseos y por los doctores de la ley. Estos, para ser fieles a la ley, ponían solo pesos sobre las espaldas de las personas, pero así frustraban la misericordia del Padre. El reclamo a observar la ley no puede obstaculizar la atención por las necesidades que tocan la dignidad de las personas” (MV 20). Esta enseñanza trae como consecuencia un cambio radical de nuestra manera en pensar y actuar en relación a nuestra misión evangelizadora, ya que “la misericordia, una vez más, se revela como dimensión fundamental de la misión de Jesús” (MV 20) y por tanto para nuestra misión eclesial. En *Evangelii Gaudium* se nos plantea este gran desafío: “Si pretendemos poner todo en clave misionera, esto también vale para el modo de comunicar el mensaje... el mensaje que anunciamos corre más que nunca el riesgo de aparecer mutilado y reducido a algunos de sus aspectos secundarios... Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario” (EG 34-35). Nuestro plan de pastoral en todas sus acciones deberá asumir y practicar la misericordia en todo lo que se programe ya que ésta, es el antídoto contra el legalismo.

2.2 Desafíos culturales *Ad extra* (Núcleos de la acción pastoral)

Pasemos ahora a proponer los tres desafíos *ad extra* que considero deben ser el epicentro de nuestra acción pastoral en cada uno de los tres años de nuestro plan. Les he llamado núcleos dada su importancia y centralidad. El que cada año asumamos uno de ellos como explicaré en el capítulo V, no significa que al concluir un año ese núcleo ya no será asumido. El proponer un orden y un proceso supone que, al asumir el primero, continuaremos llevando a cabo las acciones programadas de este núcleo, aunque pasemos a plantearnos el siguiente. ¿Cuáles son estos tres núcleos o desafíos *ad extra* que deseo sean asumidos en nuestro plan de pastoral?

2.2.1 Primer núcleo: persona - familia

El Documento de Aparecida nos advierte que estamos viviendo un “cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural” (DA 44) y nos explica en qué está afectando éste vertiginoso cambio: “Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios. Aquí está precisamente el gran error. Quien excluye a Dios de su

horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas” (DA 44). El primer impacto del cambio de época, según propone Aparecida, está en la persona, en su identidad desintegrada y dividida, en lo que, a las relaciones con Dios, consigo mismo y con su prójimo se refiere.

En este cambio de época, se nos ha hecho creer y a veces se nos ha querido imponer la idea de que, la fe y la vida, lo individual y lo comunitario, son cosas contrapuestas. Esta concepción dividida de la persona afecta no solo a la persona misma al perder su sentido de vida, sino que afecta también a la familia y a la sociedad en general. Podríamos decir que un primer gran desafío a enfrentar como Iglesia será lograr poner a la persona al centro de nuestra acción, pero sin caer en el individualismo.

a) La persona como centro de la acción pastoral

Cuando hablamos de persona, nos referimos, desde nuestra fe y desde una antropología cristiana con siglos de tradición, al ser humano creado a imagen y semejanza de Dios (Cfr. Gn 1,27). El ser persona, nos hace únicos e irrepetibles; tenemos dignidad e individualidad y gracias a ello tenemos la capacidad de relacionarnos en libertad para amar a otras personas y colectivos de personas. Es interesante que, aunque el término “persona” tiene su origen en la antigua literatura y cultura greco-romana, el término *prosopeion* (persona), se refirió únicamente a “actuar de cierto modo”. Era la máscara para “actuar en el teatro” que expresaba un personaje. Fueron de hecho, los Padres de la Iglesia, quienes dieron al término “persona” un significado más profundo (ontológico), mientras formulaban la doctrina trinitaria (Cfr. Ioannis Zizioulas, en La Stampa, 26 de enero 2015). Así, la “persona” en su sentido más profundo, puede comprenderse a sí misma en relación con el Dios uno y Trino, y en su relación con el prójimo, sin dejar de ser un ser individual, distinto y único. Como seguidores de Jesús, debemos comprender lo que la “persona” significa para nuestro Maestro y lo que implicó en su práctica pastoral. Si bien hemos afirmado que el concepto de persona para la antropología cristiana se fundamenta en la teología de los Padres de la Iglesia, en realidad ellos, fueron fieles a la revelación realizada por el Hijo de Dios en la plenitud de los tiempos y asumieron lo que para Él fue y significó la persona. En efecto, para Jesús, la “persona”, como ser individual y único creado a imagen y semejanza de Dios, es la plenitud de la obra de la creación divina y por tanto, no puede estar por debajo de la Ley de Dios que fue instituida para el bien de la persona y no para oprimirla o hacerle la vida imposible. Constantemente Jesús hará afirmaciones en relación a esta convicción: *“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Mt 2, 27-28). *“No he venido a abolir la Ley, sino a llevarla a su plenitud”* (Mt 5, 17) y sabemos que, para Él, la plenitud de la Ley, su plena realización y sentido se lleva a cabo cuando el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, cuya dignidad no se perdió ni siquiera por el pecado, vive el amor a sí mismo, al prójimo y a Dios (Cfr. Mt 19, 16-22).

El ser humano, la persona, su bien y su redención es el principal objetivo de la misión de Jesús. La Ley debe ayudar a este fin, no bloquearlo; por ello, lo contrario a este principio

evangélico sería el legalismo, en el que el celo por las cosas de Dios y las tradiciones que dan seguridad, opacan la dignidad y bondad original que cada ser humano tiene, independientemente de la situación moral en que se encuentre o en determinado momento de su vida. La mirada misericordiosa asume sin juicios que, aún en el pecador más grande, existe la bondad original ya que el Creador “*vio todo lo que había hecho y todo estaba bien hecho*” (Gn 1, 31). En este primer desafío hay que poner a la persona en el centro de nuestra acción pastoral. Este desafío nos debe llevar a revisar también si nuestras estructuras pastorales, horarios, reglas, requisitos y trámites, entre otras cosas, están en verdad al servicio de la persona o más bien son planteados desde un juicio o un pre-juicio; o bien, han sido diseñados en el pasado y se identifican con una supuesta cultura católica antigua que en realidad es o fue una respuesta a otro momento de la historia diocesana, pero que hoy más que ayudar estorba en la transmisión de la fe y por tanto caduca (Cfr. DA 365).

b) La familia como centro de la acción pastoral

La concepción cristiana de “persona”, está basada en el proyecto original de Dios en la creación y es también contraria al individualismo: “*No es bueno que el hombre esté solo*” (Gn 2, 18). Por ello, explica el libro del Génesis que Dios creó a los animales del campo y las aves del cielo, le indicó al ser humano que les pusiera nombre y “*en ellos encontró una ayuda adecuada*” (Gn 2, 20). Pero no era suficiente, por lo que creó también a la mujer, que superó por mucho la compañía de toda la creación: “*Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne*” (Gn 2, 23). La “persona” en su individualidad e identidad de ser único e irreplicable como afirma hoy la ciencia que lo es, no excluye, sino que supone su relación con el mundo, pero de manera especial su relación con las demás personas, hombres y mujeres creadas también a imagen y semejanza de Dios y por tanto con el mismo Dios. En nuestro plan de pastoral queremos poner a la persona como lo hizo Jesús, al centro, no solo en contraposición con el legalismo que tanto nos afecta, sino ante el individualismo que tanto daña la vida comunitaria necesaria a la vida eclesial. Por ello, queremos y debemos también revisar y renovar nuestra relación con el mundo creado y con las personas que integran la familia, la comunidad y la sociedad en que vivimos. El libro del Génesis nos muestra que el proyecto de Dios para la persona no se queda únicamente en su relación de supervivencia (no es bueno que esté solo), sino que al crearlo a su imagen y semejanza lo hace también co-creador: “*Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla*” (Gn 1, 28). Pero esta misión propia del ser humano no parte ni se desarrolla desde el individualismo, ya que la fecundidad brotará gracias a la institución divina del matrimonio y la familia: “*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne*” (Gn 2, 24). Jesús asumirá este ideal de los orígenes citando este mismo texto y agrega: “*...de modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre*” (Mt 19, 1,7).

El *autorreferencialismo* que vivimos en nuestra cultura hace que la persona deje de entender su identidad, su vocación y misión en relación con otros, en relación con el mundo y en relación con el matrimonio y la familia. La desintegración y problemática familiar

actual tienen muchas causas que habrá que analizar y abordar durante el año destinado a este fin; sin embargo, por ahora basta decir que muy seguramente, si desde nuestra pastoral asumimos, comprendemos y priorizamos toda la opción por la persona y la familia, como núcleo fundamental de toda planeación y acción, y por supuesto desde la visión de Jesús; como consecuencia estaremos fortaleciendo los vínculos familiares. Ahora bien, aunque la atención a la persona es la base para una renovación familiar, esto no es suficiente trabajarla de manera preventiva, se necesita la intervención directa ante la institución familiar, sea para animar e impulsar cuando está viviendo plenamente su vocación, sea para corregir el rumbo cuando hay confusión, para sanarla si está herida o sea para reestablecerla cuando aparentemente ha perdido toda esperanza de reestructurarse. Por tanto, este desafío nos mueve a “intervenir” misioneramente desde todas las estructuras diocesanas, desde todos los movimientos y comunidades, independientemente de su carisma, desde todas las parroquias y con el apoyo de todos los agentes pastorales. No digamos: “no me toca”. Asumamos este gran desafío que “sí nos toca” porque cuando se ha tocado a la familia hemos sido tocados y afectados todos. Preguntémonos: ¿Qué me toca hacer a mí, desde mi servicio propio para renovarme a mi mismo y para poner a la persona y a la familia en el centro de mi acción pastoral? Pero además todos los grupos y áreas pastorales parroquiales, los movimientos y agrupaciones, las comunidades de vida consagrada y sus instituciones, así como toda estructura que vive y se desenvuelve en esta Arquidiócesis, debe asumir como suyo este desafío pastoral de poner a la familia en las prioridades de su acción pastoral.

2.2.2 Segundo núcleo: ser comunidad y promover la ciudadanía

El que la persona sea el centro de nuestra acción pastoral no excluye de ningún modo el que la acción pastoral se de, como es propio de la naturaleza de la Iglesia, desde el colectivo de personas que forman la comunidad eclesial. La comunidad no anula a la persona haciendo que se fusione o se diluya en la masa, por el contrario, la comunidad la plenifica y le ayuda a comprender su verdadera identidad y sentido de vida. En mi Tercera Carta Pastoral [2] desarrollé precisamente el tema de la comunión y su importancia para vida y misión de la Iglesia como lo ha impulsado el Vaticano II y las Conferencias Episcopales de América Latina, así como nuestros planes pastorales anteriores; por ello no me extenderé en este núcleo, en este aspecto de la comunión que considero es bien conocido y valorado por la mayoría de nosotros en la Iglesia. Me gustaría por ahora, poner el acento en la relación que hay entre comunidad eclesial y ciudadanía ya que ésta, es más nueva en nuestra cultura eclesial. Lo primero es preguntarnos qué entendemos por ciudadanía. Hay que aclarar que el término “ciudadanía” significa en nuestra lengua española la, “cualidad y derecho de ciudadano” que tiene cada persona “reconocida legalmente como miembro de una sociedad claramente identificada”. Recordemos que en tiempos de Jesús y los apóstoles ser “ciudadano romano” tenía un valor especial. Cuando el Apóstol Pablo da a conocer a los guardias que lo azotaron, que era ciudadano romano, éstos se asustan y le dan un trato distinto ya que él gozaba de ciertos derechos gracias a su

ciudadanía, derechos que ellos estaban violando (Cfr. Hch 22, 22-29). Por otro lado, “ciudadanía”, según la Real Academia, es el “conjunto de los ciudadanos de un pueblo o nación” y el diccionario la define además, como el “comportamiento propio de un buen ciudadano”. Muchos de nosotros llevamos en la primaria la materia de civismo que nos educaba precisamente en el modo cómo deberíamos ser y comportarnos desde nuestra identidad, derechos y obligaciones propias de un ciudadano.

Hoy en día, el término ciudadanía ha retomado su valor como respuesta a la inconformidad con ciertas políticas o acciones de los gobernantes que parecen no responder del todo a las necesidades y exigencias de los ciudadanos. En el fondo, se está pasando de la idea de que los gobernantes en turno son los responsables absolutos de solucionar los diversos males que afectan en la sociedad, para asumir también como sociedad civil, como ciudadanos, la responsabilidad de colaborar activamente en las propuestas y ejecución de alternativas sociales para enfrentar los males que nos aquejan. Hoy en día, más de la mitad de la población mundial ha migrado ya del campo a las ciudades, que han crecido sin un proyecto social bien definido, la “ciudadanía” en las grandes urbes es un tema de interés para muchos organismos no gubernamentales que desde su misión propia buscan dar respuesta a los desafíos que las personas, especialmente las más marginadas, viven en las periferias o cinturones de miseria víctimas del sobre crecimiento urbano. Ante esta nueva conciencia global de la importancia de la ciudadanía como acción organizada, nos preguntamos si como Iglesia diocesana hemos realmente abordado este desafío. En el Cuaderno Pastoral I, “La pastoral en las grandes ciudades”, he abordado este tema y he manifestado que *“entendemos la gran ciudad como un proceso, no un problema, porque ella nos presenta oportunidades, retos, desafíos que apelan nuestra creatividad pastoral”* [3]. En nuestro nuevo plan de pastoral asumiremos en el segundo núcleo este desafío con alegría y sin miedos pues estoy convencido de que: *“la gran ciudad no es algo que debemos ver como adversario, sino como colega. Iglesia y mundo, Arquidiócesis y gran ciudad, vamos por el mismo camino”* [4]. San Pablo al identificarse ante las autoridades como ciudadano romano no ve ninguna yuxtaposición entre ser ciudadano y ser cristiano. Gracias a este pensamiento integrador de los primeros cristianos, el imperio romano fue evangelizado hasta lo más profundo, logrando superar la cultura pagana, no por pelearse con ella, sino por comprenderla, por asumir sus valores y saber presentar nuevos valores que superaron por mucho a los anti-valores que también vivía la ciudadanía.

Los invito a no tener miedo de sumarnos a la conciencia y acción ciudadana que está despertando cada día, cuidando por supuesto no promover aquellas acciones que sean contrarias a nuestra fe y principios, pero evitando refugiarnos en “condenas genéricas” [5]. Los grandes problemas ciudadanos no se resuelven únicamente con manifestaciones públicas de rechazo, aunque a veces sean necesarias para sacudir la conciencia ciudadana; se resuelven y enfrentan, como nos exhortó el Santo Padre a los Obispos de México refiriéndose al narcotráfico, mediante un *“serio y cualificado proyecto pastoral para contribuir, gradualmente, a entretelar aquella red humana, sin la cual todos seríamos desde el inicio derrotados por tal insidiosa amenaza”* [6]. Esto es precisamente la

ciudadanía comprendida pastoralmente. Pero hay que aclarar que al hablar de ciudadanía estamos incluyendo la posibilidad de abordar el problema, sea cual sea, no únicamente desde la Iglesia con toda su estructura y agentes, sino en vinculación con otros ciudadanos, aunque no sean católicos o incluso cristianos. El Papa Francisco expresa bellamente la acción pastoral en esta perspectiva de la ciudadanía, al explicar lo que puede implicar un proyecto pastoral basado en una red ciudadana: *“Solo comenzando por las familias; acercando y abrazando la periferia humana y existencial de los territorios desolados de nuestras ciudades; involucrando las comunidades parroquiales, las escuelas, las instituciones comunitarias, las comunidades políticas, las estructuras de seguridad; solo así se podrá liberar totalmente de las aguas en las cuales lamentablemente se ahogan tantas vidas”* [7]. En el segundo núcleo de nuestro plan de pastoral deberemos reflexionar más ampliamente en este tema de la ciudadanía y proponer acciones pastorales que generen vínculos como comunidad eclesial, con personas, organismos e instituciones que en nuestra gran ciudad de Monterrey y los municipios conturbados, trabajan para combatir los grandes males y proponer soluciones reales como ciudadanos responsables.

2.2.3 Tercer núcleo: pobreza - solidaridad

He querido dejar al final este núcleo no por ser el tercero en orden de importancia, sino porque estoy convencido que sólo cuando enfrentamos la pobreza y vivimos la solidaridad con una conciencia clara de la centralidad de la persona y la familia en la acción de la comunidad eclesial en bien de la ciudadanía, podremos ofrecer e impulsar acciones, para enfrentar este desafío, que sean realmente evangélicas. Hay muchas formas de intentar dar solución a la pobreza, pero bien sabemos que no siempre el modo de abordarla dignifica a las personas. Hay modos de ayuda que no sólo distorsionan la conciencia y dignidad de la persona, sino que además lejos de promoverla como sujeto responsable de su propio destino, la enajenan y la hacen dependiente de las acciones “benéficas” de quien ayuda más por tranquilizar su conciencia y sentirse bien, o por salir en la “foto”, que por ayudar a la persona como fin de la acción [8]. En este sentido, la gratuidad de la acción, entendida como un dar si esperar recibir recompensa, es lo que distingue la acción del auténtico discípulo misionero para quien vive la compasión, no la lástima y para quien el bien de la persona está muy por encima de cualquier otra finalidad proselitista. Como he aclarado, el poner como tercer núcleo el desafío pastoral de la pobreza-solidaridad tiene como finalidad que los dos primeros años logremos un cambio de mentalidad, un cambio de paradigmas; así, el modo de abordar y planear acciones que ayuden realmente a combatir la pobreza, será no solo más eficiente, sino, además, sustentable. Hoy en día cuando hablamos de sustentabilidad en relación a las acciones ciudadanas, nos referimos a generar acciones que no dependan siempre de la bondad y disposición de algunos ciudadanos, sino que logren que el ciudadano en situación de pobreza o marginación pueda asumir, personal y comunitariamente, su responsabilidad ante su propio proceso de liberación de todo aquello que lo oprime y esclaviza.

En esta misma óptica podemos y debemos revisar nuestra acción pastoral y preguntarnos si nuestra intervención tanto en la problemática propiamente eclesial *ad intra*, como en la

problemática social *ad extra*, no estaremos generando dependencias. “Si el padre no convoca, nadie va”, “si la señora de pastoral social no lleva la ayuda, nadie más lo hace”. Frases como éstas acompañan diariamente en nuestra pastoral de parroquias, movimientos y comunidades. Ser una Iglesia en camino, ser Pueblo de Dios, significa que todos tenemos capacidad de caminar en la fe, significa que nuestra acción pastoral es sustentable porque creamos procesos y capacitamos personas capaces de continuarlos. Exhorto a todos en nuestra Iglesia que camina siguiendo a Jesús en Monterrey, a asumir una nueva manera de entender nuestra acción pastoral en la que creamos firmemente, como lo hizo Jesús, en la persona. En efecto, algo que distingue a Jesús de los maestros religiosos contemporáneos en su modo de hacer misión es que Él, a diferencia de los fariseos, escribas y sacerdotes, sí creía en la gente; ellos en cambio, no creían en la gente sencilla, en el pobre, en el excluido y mucho menos en el pagano. Llama la atención lo que Jesús dice acerca del Centurión romano, pagano por cierto: *“en todo Israel no he visto una fe tan grande como la de este hombre”* (Mt 8, 10). “Todo Israel” incluye a Pedro, a Santiago, a Juan, a Natanael y muchos buenos hombres y mujeres practicantes de su fe. Lo mismo sucede con la mujer pecadora, con la samaritana, con la hemorroísa; Jesús logra ver su fe, su potencial y por ello expresa: “Tu fe te ha salvado” y no: “mi fe”, aunque también la haya. La verdadera caridad parte de creer en la fe y el potencial que todo ser humano tiene, sin importar su situación social o moral.

Solo cuando la Iglesia desde sus estructuras y agentes, logra incluir a la persona mediante palabras, gestos y decisiones, que son un testimonio que se tiene fe en la persona, es entonces que la acción pastoral se hace sustentable y la atención a la pobreza y los gestos y acciones solidarias realmente logran la transformación personal y estructural de las causas de la pobreza. Hay que evitar el asistencialismo aunque a veces, la asistencia, especialmente en las emergencias, sea muy necesaria y no practicarla por ideologizar la sustentabilidad sería una contradicción. En este sentido no quiero desacreditar las acciones de apoyo que se promueven en nuestra Iglesia diocesana, deseo más bien que logremos valorar al pobre, creer en él e incluirlo en su propio proceso de evangelización y transformación. Para evitar caer en el asistencialismo, como modo único y principal de actuar ante la pobreza, la Iglesia ve en el valor evangélico de la solidaridad, el modo propio de incluir al pobre y hacerlo sujeto activo de su propio proceso liberador. *“La palabra «solidaridad» está un poco desgastada y a veces se le interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos”* (EG 188).

Nuestra comunidad eclesial y la ciudadanía regiomontana, incluidos los diversos sectores como el empresarial y el civil, han sido pioneros a lo largo de la historia en proyectos solidarios a favor de los más necesitados. Sigamos con valentía el camino que muchos hermanos y hermanas han asumido ya en nuestra Arquidiócesis y esperemos que todos nos sintamos llamados a poner en práctica la caridad y la misericordia, mediante una solidaridad que ayude a combatir la pobreza en su raíz. No digamos, “a mí no me toca” ya

que, al igual que la familia, a todos nos tocan, o nos deberían tocar las llagas de Cristo en los más pobres de la sociedad.

CAPÍTULO III

El paradigma pastoral de nuestro nuevo plan: “Iglesia de puertas abiertas y en salida”

En los capítulos previos he querido sentar los fundamentos teológico-pastorales que, inspirados en la Sagrada Escritura y en el Magisterio pastoral universal y latinoamericano, nos den las bases para enfrentar como Iglesia, comunidad siempre en camino, los desafíos que he presentado tanto al interior, como al exterior de la Iglesia en el marco de la elaboración y puesta en práctica de un nuevo plan de pastoral. Ahora deseo dar un nuevo paso invitándoles a asumir los fundamentos ya expuestos, bajo la forma de un “paradigma” que presentado desde una bella imagen, nos haga centrarnos en lo que deseamos lograr con nuestro plan de pastoral. En otras palabras, ahora hay que preguntarnos cómo hay que enfrentar los desafíos si queremos ser en verdad una Iglesia en camino y cuál debería ser el objetivo de un plan de pastoral que nos ayude a ser fieles al modelo de Iglesia que soñamos ser. Sin embargo, no quisiera hablar por ahora de un “objetivo pastoral”, para nuestro plan, lo cual, que sería válido, prefiero hablar por ahora de un “paradigma pastoral” ya que es más amplio y puede ser aplicado en muchos campos y actividades de la vida eclesial. Pero, ¿qué es un paradigma?

3.1 Un paradigma pastoral

En estos últimos tiempos, tanto en ámbito laboral empresarial como en el eclesial, la palabra “paradigma” ha tomado relevancia para invitarnos a desafiar los modelos de pensamiento pre-elaborados con los que hemos crecido y con los que analizamos la información, así como los sucesos que vivimos y con los que realizamos nuestra planeación. El diccionario define “paradigma” como “ejemplo o modelo que se toma como referencia o como punto de comparación” (Cfr. Larousse Usual, Ed. 2004). Para muchos de nosotros es común hablar de esquemas mentales que, a veces, parecen cerrados, por ejemplo, cuando decimos de alguien: “es una persona de ideas fijas”. En el fondo, lo que sucede es que aprendimos a ver y analizar los acontecimientos con una mentalidad que damos por hecho que es correcta. Algunos nos dicen que hay que romper paradigmas o simplemente revisarlos y se refieren a la actitud de aceptar que es posible que algo que hasta hoy me servía como “modelo” o “referencia” para interpretar la realidad, quizá ya no sea tan válido o incluso sea erróneo o ilógico.

El Papa Francisco con cierta frecuencia utiliza el término “paradigma” acompañado la idea de “conversión personal y pastoral”. Si paradigma significa “ejemplo o modelo que se toma como referencia o como punto de comparación”, éste nos ayuda tanto para la revisión de lo que hacemos como para la planeación de nuevas acciones. Un paradigma a su vez es un modelo expresado en un marco doctrinal que sirve de norma. Según la definición de “paradigma” de la Real Academia de la Lengua Española, éste es también una “teoría o

conjunto de teorías cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base y modelo para resolver problemas y avanzar en el conocimiento”. En este sentido, tanto el Magisterio pastoral universal que nos propone el Santo Padre, como el latinoamericano que nos ha ofrecido el Documento de Aparecida es un “paradigma”, es un “modelo de referencia” para todo lo que hagamos desde la pastoral. Desafortunadamente aún nos cuesta comprender el carácter de normatividad que un paradigma, especialmente si es Magisterio eclesial, tiene o debe tener para todos en la Iglesia, como si éste fuera opcional para quien le guste o para quien concuerde con él. El Papa Francisco nos propone para toda la Iglesia y todas sus estructuras y comunidades un paradigma pastoral: “*Ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida misionera*”. Este es el paradigma o *modelo de ser Iglesia* con el que debemos revisar todo cuanto planifiquemos en nuestro nuevo plan de pastoral. Así que, puertas abiertas y en salida no es sólo un modelo inspirador, es a su vez la norma a seguir. Nos dice el Papa Francisco que “*la actividad misionera, representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia*” y agrega: “*la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 15).

3.2 Iglesia de puertas abiertas

Nos narra el evangelio de Juan que el día de pascua los discípulos se encuentran en una casa con las puertas bien cerradas (Cfr. Jn 20,19). La razón de tener las puertas cerradas es por “miedo” a quienes se oponían al cambio de paradigmas que planteó Jesús de Nazaret con su vida y enseñanza. ¡Cuántas veces Jesús exhortó a sus discípulos a no tener miedo!, ya que éste es contrario a la fe. Sí hermanos, el miedo nos hace cerrar las puertas, ponemos candados a nuestras estructuras pastorales por miedo y desconfianza ante los paradigmas que nos ofrece el evangelio. Las puertas de la Iglesia que deben abrirse sin miedo no sólo son las de los templos, sino las del corazón y la mente de cada cristiano. Pero, ¿cómo sería una comunidad de puertas abiertas? Una comunidad de puertas abiertas sería la que, como Jesús, recibe y acepta a toda persona con misericordia; la que no hace diferencias por la condición moral o social de nadie; la que no hace juicios sobre los demás, primero conoce a la persona, su historia y necesidades; la que no desconfía de la bondad original de cada ser humano por más malo, indiferente o ateo que parezca o se auto proclame. Por el contrario, un cristiano y una comunidad de puertas abiertas, son como el buen samaritano, que se hace prójimo del hermano que sufre y se hace cargo de él de manera pronta y desinteresada más allá incluso de sus creencias religiosas.

En los evangelios encontramos además del paradigma propuesto por Jesús como Buena Nueva para todos, un anti-modelo. Mateo nos explica que los fariseos “*ni entran ni dejan entrar*” (Mt 23, 13). El Papa Francisco también refiere un anti-modelo contrario a las puertas abiertas cuando nos dice que la Iglesia no es una aduana (Cfr. EG 47). Esta es una buena imagen, porque en la aduana quién es responsable de ella, está ahí parado y efectivamente no entra, y él es el responsable de controlar quien pasa y quien no. Sin darnos cuenta, cuando nuestras parroquias y comunidades se presentan a sí mismas con montones de regaños, trámites y exigencias burocráticas complicadas, lo que ganan es que

la gente sencilla, que debería ser la privilegiada por nuestra acción pastoral, simplemente se aleje. Los pobres, los pecadores, los excluidos de la sociedad ni siquiera nos reclamarán ni pondrán una queja en un buzón de sugerencias, simplemente se irán, reforzando su idea equivocada de que “no se lo merecen”, de que “no son dignos”, de que alguna maldición les acompaña toda su vida ya que “nada les sale bien”. Cerrar las puertas de la Iglesia y del Reino es un pecado que indigna el corazón de Jesús. ¡Ay de ustedes que cierran a los hombres las puertas!, nos diría hoy también a muchos de nosotros como lo hizo hace dos mil años.

Pero la puerta también se puede cerrar cuando perdemos la referencia de a quién seguimos y nos ponemos a nosotros mismos como modelo a seguir. El evangelio de Juan nos presenta una bella y desafiante imagen al decirnos que sólo Jesús es la Puerta por la que podemos entrar y encontrar vida: *“Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos”* (Jn 10, 9). Jesús es el modelo, el paradigma de una Iglesia en camino ya que Él es la puerta de salida y entrada. La puerta se abre no para que la gente nos conozca a nosotros o para que nos sintamos felices por el éxito organizativo, sino ante todo para que todos tengan acceso a un encuentro con Jesús; *puerta de entrada al Reino*. Podríamos decir que una estrategia pastoral de Jesús fue el quitar candados de acceso que los fariseos habían puesto al pueblo de Dios. Si cada parroquia y cada comunidad se propusiera evaluar cuántos candados tenemos que complican el acceso a Jesús; y si al menos nos propusiéramos quitarlos, aunque no programáramos muchas actividades, estoy convencido que muchos “alejados” regresarían sin tanto esfuerzo nuestro, se sentirían atraídos a la belleza de una Iglesia sencilla y abierta, signo del Reino.

La puerta de Jesús, la puerta del evangelio está abierta gratuitamente para todos, no se ocupan méritos para entrar. De hecho, la gratuidad del amor incondicional de Dios para con todos, incluyendo a los que creen no merecerlo, es la puerta que debe abrirse de par en par. *“La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí... El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización”* (EG 112). Si pudiéramos explicar en una palabra cuál fue, en tiempos de Jesús y los apóstoles, el paradigma que marcó la diferencia en la práctica religiosa tanto con los israelitas formados por los fariseos como con los paganos, podríamos decir que la buena noticia que superó sus creencias y prácticas, misma que los atrajo a la fe como un imán, fue la “gratuidad” del amor de Dios reflejada en la comunidad eclesial de puertas abiertas. Esta verdad parece peligrosa a los legalistas.

Ahora bien, si el amor de Dios es incondicional y lo recibimos gratuitamente sin mérito alguno, entonces, se preguntarán algunos: ¿dónde queda el esfuerzo y la necesidad de los mandamientos? Jesús no niega la necesidad de esfuerzo y la exigencia, de hecho en el llamado al seguimiento es muy clara: *“Entren por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por*

ella. ¡Qué estrecha es la puerta!, qué angosto el camino que lleva a la vida!, y son pocos los que lo encuentran (Mt 7, 13-14). El problema no está en que la exigencia de la moral cristiana se siga presentando con toda claridad y verdad, el problema está en poner el acento en la ley y la exigencia como condición para ser amado y perdonado. Lo que Jesús y los apóstoles proclamaron como Buena Nueva es que Dios ha tomado la iniciativa de amarnos, que nos ama aún siendo pecadores y en eso consiste precisamente el amor, en que Él nos amó primero cuando aún éramos pecadores (Cfr. 1 Jn 4, 11). Ese amor gratuito es el único capaz de cambiar el corazón de un pecador. ¡Esta es la verdad en la que se centra el Kerigma! Las puertas de la Iglesia se abren cuando nuestra palabra, nuestras acciones, nuestros gestos, nuestros trámites, manifiestan a quienes se acercan a nuestras oficinas, comunidades, grupos y templos, que Dios los ama y los acepta si condiciones egoístas; que Dios confía en su persona aunque hayan pecado gravemente y que en nuestra comunidad eclesial a la que han llegado mendigando atención, son en verdad bienvenidos y atendidos. La salvación está al alcance de su vista en cada gesto y acción que realizamos. ¡Todo acto pastoral debe tener este tinte kerigmático! La gratuidad aplicada a la acción pastoral no es negociable, es el Evangelio mismo.

La puerta que se nos abre de una vez y para siempre en el bautismo y que estamos llamados a volver a cruzar siempre, es la “puerta de la fe”. Por eso es que en el rito del bautismo al niño o niños que se les va bautizar se les recibe en la entrada del templo, justamente para significar esto. La “puerta de la fe” titulaba el Papa Benedicto XVI a la Carta Apostólica en forma de Motu Proprio e iniciaba con estas palabras: *“La Puerta de la fe (Cfr. Hch 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite su entrada en la Iglesia, está siempre abierta para nosotros”*. Esta enseñanza debe tener una repercusión real en la vida de la Iglesia en el trato con cada bautizado que es en verdad, hijo o hija de Dios que le ama y le dignifica. Es Dios Padre quien le da a cada bautizado su lugar en la Iglesia. Nosotros solamente le hacemos valer este derecho. Es cierto que todos los bautizados tienen obligaciones, sí, y eso lo dejamos muy claro siempre en casi todas las charlas pre-sacramentales, pero todos los bautizados tienen también derechos. Tienen el derecho a no ser juzgados; el derecho a ser tratados amablemente; el derecho a ser asesorados en los trámites con paciencia y caridad; el derecho a que se les ayude a buscar sus papeles que para ellos parecería imposible encontrar; el derecho a recibir los sacramentos sin un costo de compra-venta, aunque se les solicite un apoyo para las necesidades de la Iglesia; el derecho a ser escuchados antes de que se declare sobre ellos un juicio: ¡estás en pecado!, sin ni siquiera conocer las circunstancias que les hacen estar en situación irregular; y, como nos aclaró el Papa Francisco en su reciente visita a México, “en las miradas” de todos nosotros, pero especialmente en sus pastores, *“el Pueblo mexicano tiene el derecho de encontrar las huellas de quienes «han visto al Señor» (cf. Jn 20,25), de quienes han estado con Dios”* [9]. ¿Todos nuestros fieles conocen y gozan estos derechos fundamentales en una Iglesia de puertas abiertas?

3.3 Iglesia en salida misionera

El paradigma de ser una Iglesia de puertas abiertas no sería suficiente en sí mismo, aunque mucho ayudaría si al menos eso lográramos. La puerta se abre para dejar entrar a todos, sí, pero también, y aquí viene el sueño que mueve a nuestra Iglesia latinoamericana con más fuerza desde Aparecida y que impulsa el corazón del Papa Francisco: la puerta está abierta también para salir a llevar a todos la Buena Nueva y garantizarle a todo ser humano, el *derecho* a recibir el mensaje evangélico como lo afirmó también el Beato Pablo VI: *“Las multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad. Por eso, la Iglesia mantiene vivo su empuje misionero e incluso desea intensificarlo en un momento histórico como el nuestro”* (EN 42). Los alejados e indiferentes tienen el derecho de que se les anuncie la Buena Noticia y si no vienen, ¿cómo ejercerán ese derecho? Es muy simple, lo ejercerán cuando nosotros salgamos y compadecidos de su situación de alejamiento y desorientación por andar como ovejas sin pastor, al igual que el Maestro a quien seguimos, nos dispongamos a ser misioneros itinerantes incansables, siempre en salida.

Desde la Pascua, especialmente el día de Pentecostés, los discípulos abrieron las puertas y salieron a proclamar la alegre noticia de la resurrección de Jesús. Pero debemos preguntarnos ¿Qué y cómo debemos entender hoy el ser Iglesia en salida? *Evangelii Gaudium* en el no. 22 define bellamente este paradigma explicando cómo *“en la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes”* dándonos a entender que la salida está directamente relacionada a la vida de todo aquél que sea un verdadero creyente. Inmediatamente nos presenta algunos ejemplos de personas concretas que ante una llamada de Dios, cambiaron sus paradigmas rompiendo esquemas mentales abriéndose a algo nuevo: *“Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: «Ve, yo te envío» (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17). A Jeremías le dijo: «Adondequiera que yo te envíe irás» (Jr 1,7)”* (EG 22). Inspirado en estos testigos de la fe que no tuvieron reparo en salir de sí mismos, nos exhorta el Papa a cada uno de nosotros y a nuestras parroquias, movimientos y comunidades: *“Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”* (EG 20). ¡Qué gran verdad y qué gran reto nos plantea el Papa! Muchas veces nos hemos quejado argumentando que “la gente no viene”, “se acercan sólo cuando les conviene” “no les interesa”, etc. y así, tantas y tantas frases que sólo expresan que nuestros paradigmas no son de este siglo.

Hermanos y hermanas de esta Arquidiócesis de Monterrey, los exhorto a creer profundamente que el paradigma planteado tanto en el Magisterio pastoral latinoamericano, como en el universal ofrecido por el Papa Francisco, es en verdad un regalo del Espíritu a la Iglesia hoy, pero también es una norma a seguir, en el sentido profundo que esto implica. Ambos documentos, *Aparecida* y *Evangelii Gaudium*, son el fruto de reuniones sinodales que se llevaron a cabo como aquél primer concilio en Jerusalén (Cfr. Hch 15) donde Pedro, los apóstoles y los presbíteros después de orar, discutir, reflexionar la Palabra y discernir los signos de los tiempos, propusieron también un cambio de paradigmas para las nuevas comunidades eclesiales. Las costumbres y normas que se seguían hasta entonces en la misión y en la admisión a los sacramentos, estaban dificultando la transmisión de la fe ya que se basaban en antiguas tradiciones que en otra época tuvieron en el judaísmo su razón de ser, pero que ahora, con la sorpresiva conversión de los paganos, habían perdido su sentido original.

Una vez concluido el Concilio de Jerusalén los apóstoles enviaron a algunos misioneros junto con Pablo y Bernabé a comunicar a todas las comunidades las decisiones y acuerdos, el nuevo paradigma a seguir como “norma de fe”. Como lo dije antes, Pedro y los apóstoles incluyeron en esa carta la afirmación: “*El Espíritu Santo y nosotros, hemos decidido*” (Hch 15, 28) para presentar el nuevo paradigma, modelo o normatividad propia de la naciente comunidad eclesial que quería ser fiel al evangelio. Esta IV Carta pastoral queridos hermanos y hermanas, desea ayudar a que en nuestras Asambleas Pastorales desde las que se impulsará el nuevo plan de pastoral, se asuma para cuanto se decida, el paradigma pastoral que he planteado en este tercer capítulo. Estoy seguro que si somos obedientes a la voz del Espíritu, asumiendo el paradigma de ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida, veremos abundantes frutos y el Espíritu que nos sigue guiando, nos mostrará en cada año de nuestro plan, nuevos e insospechados caminos para ser en verdad una Iglesia, comunidad siempre en camino de apertura y en salida.

CAPÍTULO IV

Itinerarios pedagógico-pastorales desde la mística y espiritualidad en el evangelio de san Juan

He planteado ya los fundamentos teológico-pastorales de nuestro plan, mismos que nos ayudarán a comprender lo que significa ser como Iglesia, una “comunidad siempre en camino”; he reflexionado también en el capítulo segundo, acerca de los desafíos pastorales que, de no afrontar con sencillez y astucia, podrían detener nuestro camino pastoral; en el capítulo tercero, que es el centro de esta carta, he querido proponer el paradigma pastoral de ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida, para que todos tengamos claro hacia dónde vamos caminando, cuál es nuestro sueño y por tanto, a dónde queremos llegar con nuestro plan de pastoral. En este capítulo cuarto quiero ofrecerles algunas indicaciones pedagógicas, inspiradas en el Evangelio de san Juan, que nos ayudarán a poner en práctica, de manera personal y comunitaria nuestro plan de pastoral y también nos ayudarán en nuestra vida espiritual. Se trata únicamente de plantear algunas pistas de reflexión, pues deseo muy especialmente que el cuarto Evangelio sea leído durante estos tres años y que cada creyente y comunidad descubra en su lectura nuevas luces que inspiren su acción y programación pastoral. Les daré por ello algunas “claves de lectura”, pues deseo que, con creatividad, las distintas instancias pastorales en nuestra Arquidiócesis generen subsidios que nos ayuden a todos a leer el Evangelio escrito por san Juan y aplicarlo en la acción pastoral.

Los cuatro evangelios nos muestran la “pedagogía de Jesús”, es decir, el modo como Él realizó su misión. No es suficiente conocer el paradigma y el objetivo de un proyecto misionero y cuáles son los contenidos teológico-pastorales que lo sustentan; se necesita además, una pedagogía adecuada para poder lograrlo. El evangelista Juan tiene una clara intención pedagógica y así lo explica él mismo: “*Jesús realizó en presencia de sus discípulos muchos otros signos que no están escritos en este libro. Éstos han sido escritos para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre*” (Jn 20, 30). El autor sagrado tiene un objetivo y una intención clara: *que los que lean el evangelio conozcan a Jesús, crean en Él y lo sigan*. Para lograrlo propone un itinerario, un camino, un proceso pedagógico basado en los signos realizados por Jesús, en las enseñanzas de cada signo y en sus encuentros con distintas personas. Un itinerario (nos dirá un diccionario de la Real Academia) es una “ruta que se sigue para llegar a un lugar”. Cuando leamos el evangelio hay que poner atención en el modo como Jesús hace las cosas,

en sus gestos, en sus actitudes, en sus pocas palabras. Hay que contemplar al Maestro y poner atención en su pedagogía, confrontar nuestro actuar con el de Él, ya que si lo queremos seguir, debemos también actuar pastoralmente como Él actuó en su vida y misión.

4.1 Primera pista: encarnación e inculturación, principios irremplazables de la evangelización

Jesús es un caminante que se hace cercano a la gente. Para Jesús, acercarse a la realidad de las personas sin prejuicios y sin distancias o posturas altivas que lo alejen del pueblo, no es únicamente una estrategia pastoral, es más bien algo que lleva en la sangre, en la mente, en el corazón con convicción y pasión porque su cercanía a nosotros comenzó con el acontecimiento de la encarnación: *“Y la Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros”* (Jn 1, 14). Esta bella imagen del evangelio de Juan nos recuerda el peregrinar del pueblo de Dios por el desierto, en el que Dios quiso hacerse presente en ese camino de cuarenta años, mediante la “tienda del encuentro” donde les manifestaba su presencia y su Palabra. Dios quiso caminar con su pueblo en aquella larga travesía y ha querido nuevamente poner su “tienda” o su morada entre nosotros mediante la encarnación de su Hijo amado. Jesús ha aprendido a caminar como nosotros caminamos, a trabajar como nosotros trabajamos, a tener necesidades como nosotros las tenemos. Esta iniciativa del amor de Dios Padre, que en su providencia dispuso que su Hijo se encarnara en nuestra realidad, es lo que ha hecho que su encuentro con las personas sea realmente transformador porque comprende perfectamente la realidad a la que es enviado en misión.

Hemos visto cómo el cambio de época ha generado una nueva cultura que nos parece extraña al evangelio. Jesús nació y vivió en un mundo como el nuestro en el que había también gente fiel a las tradiciones religiosas y muchos otros que se dejan influir por la cultura pagana reinante. La experiencia de la encarnación hizo posible que Jesús viviera un proceso de inculturación. ¿Qué significa in-culturarse? Es encarnarse en la vida de la gente, en las costumbres, es acercarse sin miedos ni prejuicios. Eso no significa que todo esté bien, pero es la cercanía la que nos ayuda a comprender porqué la realidad está de tal o cual manera. El proceso de inculturación o encarnación que hizo Jesús también estamos llamados a hacerlo los que nos decimos seguidores suyos. *“La Palabra de Dios se hizo hombre, hombre concreto, situado en el tiempo y en el espacio, enraizado en una cultura determinada: Cristo, por su encarnación, se unió a las concretas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió. Esta es la originaria inculturación de la Palabra de Dios y el modelo referencial para toda la evangelización de la Iglesia”* (Directorio General para la Catequesis 109).

Jesús se acerca a la mujer samaritana y provoca un diálogo que era impensable desde la cultura religiosa judía, por lo que ella extrañada comenta: *“¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Los judíos no se tratan con los samaritanos... En*

esto llegaron sus discípulos y se maravillaron de verlo hablar con una mujer. Pero ninguno le preguntó qué buscaba o por qué hablaba con ella” (Jn 4, 9.27). En la cultura judía, el diálogo con paganos no se veía bien, mucho menos si se trataba de un rabino. La inculturación inspirada en la encarnación hace que la Palabra ilumine lo que en la cultura no es acorde al plan de Dios, como es el caso de la marginación de la mujer y la exclusión de quienes piensan distinto. La verdadera encarnación antes de juzgar, escucha y valora también lo que hay de auténtico en la cultura que se evangeliza y en las personas que han nacido y crecido en ese ambiente. Los discípulos, como muchos de nosotros, creemos que el diálogo implica complicidad, siendo que el diálogo sincero es el primer paso para un auténtico encuentro evangelizador. *“Le dice la mujer: —Sé que vendrá el Mesías —es decir, Cristo—. Cuando él venga, nos lo explicará todo” (Jn 4, 25).* El diálogo inició con un gesto humilde en el que Jesús le pide de beber, cuando se “se rebaja”, según ve ella, o mejor dicho, “se encarna” lo que hace que él la conozca más a fondo y que ella sea sincera abriéndose a la verdad. Las diferencias no impiden el dialogo: *“Nuestros padres” dice la mujer, “daban culto en este monte; ustedes en cambio dicen que es en Jerusalén donde hay que dar culto... Le dice Jesús: —Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén se dará culto al Padre” (Jn 4, 21).* Jesús encuentra mediante el diálogo, un punto de encuentro entre judíos y samaritanos que le abrirá las puertas de quienes hasta el momento parecían cerrados a su acción.

La encarnación no ignora las situaciones de pecado y errores humanos. La cercanía sería complicidad, si no se tiene claro que somos enviados a liberar al pueblo de Dios y a cada persona, en nombre de Jesús, de sus esclavitudes, en especial del pecado. *“En este trabajo de inculturación, las comunidades cristianas deberán hacer un discernimiento: se trata de «asumir», por una parte, aquellas riquezas culturales que sean compatibles con la fe; pero se trata también, por otra parte, de ayudar a «sanar» y «transformar» aquellos criterios, líneas de pensamiento o estilos de vida que estén en contraste con el Reino de Dios” (DGC 109).* Jesús vive la inculturación en esta doble perspectiva de asumir lo bueno y purificar o sanar los errores, esclavitudes y pecados. *“Ustedes”, le dice a la mujer, “dan culto a lo que no conocen, nosotros damos culto a lo que conocemos; porque la salvación procede de los judíos” (Jn 4, 22).* Sin arrogancia bien podríamos hoy afirmar como Jesús, que la salvación viene de los medios que nuestra Iglesia ofrece (Sacramentos, doctrina, etc.), pues en verdad llevamos un tesoro en vasos de barro. El problema no está en esa convicción, el problema está en el modo como nos auto presentamos y en como presentamos el kerigma, los sacramentos y toda la riqueza que tenemos y debemos ofrecer. El camino es la inculturación, el acercamiento para descubrir la parte de verdad y de “semillas del Verbo” que hay tanto en los católicos alejados, como en los que poco o nada conocen a Jesucristo e incluso en quienes practican una fe supersticiosa y mágica. El Evangelio de Juan nos muestra en cada diálogo de Jesús con cada persona una bella pedagogía de la encarnación. Hay que leer de forma particular el diálogo de Jesús con cada persona y hacer lo mismo en la misión.

Nuestra Arquidiócesis y todos sus agentes, estamos llamados a encontrarnos, de manera inculturada, con los hombres y mujeres que viven en la gran ciudad y su diversidad multicultural. No es posible pensar desde el escritorio un programa pastoral para atender las diversas realidades, debemos primero encarnarnos, dialogar y tratar de comprenderlas, para luego, poder evangelizarlas. Pienso por ejemplo en la realidad de los indigentes, de los drogadictos, de las prostitutas, de las parejas en situación irregular y en tantas realidades que pensamos difíciles de abordar y que juzgamos desde afuera marcando nuestra distancia. Nos sorprenderíamos al ver que aún en las situaciones de vida aparentemente más alejadas de la fe y la Iglesia, hay personas como la samaritana que tienen sed de Dios, que creen o esperan, a Jesús a su modo.

4.2 Segunda pista: identidad y vocación, bases del discipulado y la misión

En el itinerario del cuarto Evangelio, así como en los sinópticos, al nacimiento y encarnación, antes de la misión pública, siguen el fortalecimiento de la identidad y la vocación. Uno de los objetivos pedagógicos del evangelio de Juan es darnos a conocer, poco a poco, la identidad de Jesús. En cada encuentro y diálogo narrado, el discípulo que es a su vez el lector, va descubriendo quién es Jesús. Además nos narra que Jesús con mucha frecuencia, hace referencia a la importancia que para Él tiene la claridad de su identidad y vocación. La identidad se refiere a quienes somos en verdad, no a lo que otros dicen que somos. La vocación hace relación a la “misión” a la que se nos llama de lo alto, a la razón más profunda por la que fuimos creados y a la que somos enviados. Hemos citado antes los cuestionamientos que los enviados de Jerusalén le hacen a Jesús acerca de su identidad: “¡Dinos quien eres!” (Jn 10, 22) y hemos visto como Juan el Bautista tiene clara su identidad y refiere la mirada de sus discípulos hacia Jesús: “Él es el Cordero de Dios”, para que lo sigan. “*Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo*” (Jn 1, 41) afirma Andrés a Natanael y Nicodemo busca también si la identidad y vocación de Jesús concuerda con la del Mesías esperado: “*Sabemos que vienes de parte de Dios como Maestro*” (Jn 3, 2). Incluso en el cuestionamiento desesperado de sus contrincantes aparece ese anhelo de conocer la identidad y vocación: “*Dinos quién eres, hasta cuando nos tendrás en suspenso*” (Jn 10, 22). Tener una identidad y vocación clara y firme hace que Jesús trabaje y sirva en la misión con pasión, disponibilidad, convicción y valentía: “*Mi Padre no descansa, yo tampoco descanso*” (Jn 5, 17) afirma ante quienes cuestionan su actuar.

Es muy claro el contraste entre la identidad de Jesús, que se sabe Hijo amado de Dios, elegido y enviado desde lo alto a servir al pobre, enfermo, alejado e incluso al cercano, con la débil, nula e incluso falsa identidad y conciencia vocacional de los fariseos. En capítulo quinto de Juan se muestra a Jesús, su vida, identidad y misión en referencia al Padre de quien aprende y a quien obedece: “*El Hijo no hace nada por su cuenta, solo hace lo que ve hacer al Padre*” (Jn 5, 19). En el momento del juicio ante Pilato afirma, sin miedo a las

consecuencias, quién es: *“Yo he venido al mundo como testigo de la verdad”* (Jn 18, 37). Para Jesús la identidad y misión, en congruencia con la pedagogía de la encarnación, no será fuente de distinción o privilegio ante los demás, para Él la identidad y vocación son la base de su espiritualidad que le impulsa a un permanente discipulado y misión. Nada lo desanima: *“Yo no estoy solo, mi Padre está conmigo”* (Jn 16, 32) afirmará cuando algunos o muchos le abandonan y su alimento, es hacer la voluntad del que lo ha enviado y llevar a cabo su obra (Cfr. Jn 4, 34). Los fariseos en cambio, buscan su identidad no en Dios, sino en la gloria de los hombres (Cfr. Jn 5, 41) y por ello se confunden y lejos de dar testimonio de la verdad en su ministerio, se convierten en mentirosos, *“hijos de vuestro padre el Diablo”* (Jn 8, 44). Ellos no busca la voluntad de Dios en su vida, no comprenden su vocación y por ello terminan buscando su identidad en modelos mediocres, falsos y débiles que no dan sentido a su vida y misión. Todo lo que hagamos en el contexto de la implementación y ejecución de nuestro nuevo plan para fortalecer nuestra identidad y vocación será sin duda una inversión de tiempo bien hecha. De manera especial, reitero la invitación a leer con actitud de discípulos el evangelio de Juan y al hacerlo, pensemos en la identidad del mismo Jesús, de sus discípulos y de cada persona con quien se encuentra en la misión. Esta es una clave de lectura, hay que confrontar nuestra identidad y misión al leer cada capítulo del evangelio que busca precisamente que conozcamos y creamos en la identidad de Jesús, de sus discípulos y por tanto en nuestra propia identidad y vocación.

4.3 Tercera pista: alegría evangelizadora y valentía renovadora, inseparables en la renovación pastoral

En el itinerario misionero de Jesús, si queremos seguir sus huellas, partimos como hemos visto, de la encarnación y del fortalecimiento de la identidad bautismal y discipular, así como de la claridad y disponibilidad ante la vocación misionera que viene de lo alto y nos lleva a encarnarnos en la realidad. Lo que mueve el envío del Hijo de Dios al mundo es el amor: *“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Único”* (Jn 3, 16), pero este amor no es ciego y conoce la realidad de pecado que esclaviza al ser humano y que le impide ser feliz en esta vida y en la vida futura, *“porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para salvarlo”* (Jn 3, 17). Por ello, la evangelización, como la inculturación tienen un doble aspecto: de Buena Nueva que debe ser proclamada y denuncia del pecado, de invitación a la conversión para recibir la salvación que nos es dada de forma gratuita pero que demanda la libre decisión de aceptarla por la fe en Jesús (Cristo-referencialismo) o rechazarla por decidir permanecer en pecado (auto-referencialismo). De manera narrativa el evangelista Juan nos presenta simbólicamente este doble aspecto de la misión de Jesús en sus dos primeros signos: Las bodas de Caná y la expulsión de los vendedores del Templo.

La Buena Noticia de Jesús, el Hijo de Dios comienza con el milagro de Caná, cuando gracias a la intervención de María, la nueva Eva, Jesús convierte el agua en vino (Cfr. Jn 2, 1-12). En la Escritura el vino es considerado como un don Dios para alegrar el corazón del

hombre (Cfr. Sal 104, 15), pero también es un signo de la alegría del banquete del Reino de Dios que el Mesías traería al pueblo de Dios. Lo que caracteriza a la acción evangelizadora de Jesús, antes que el legalismo, es la alegría del amor humano que se ve colmado por el amor Divino cuando se encarna en la vida ordinaria y en los momentos significativos. Jesús, su Madre y sus discípulos fueron invitados a la boda (Cfr. Jn 2, 2). Asistir y servir en esa boda es la primera acción evangelizadora de la vida pública de Jesús que nos muestra san Juan. ¿Porqué quiso hacer el primer milagro en una boda? La venida del Mesías es esperada como las bodas de Dios con la humanidad, san Juan en el Apocalipsis le llama a esta esperanza “Las bodas del Cordero” (Cfr. Ap 19, 6-10). La narración de la resurrección en el Evangelio de Juan, especialmente en el encuentro con María Magdalena, sigue paso a paso la narración en la que el cantar de los cantares propone el encuentro de amor del esposo y la esposa (Cfr. Jn 20, 11-18; Ct 3, 1-3). Esta imagen tan sencilla y valorada en el Antiguo Testamento de “*la alegría que encuentra el marido con su esposa*” y que a modo de promesa asegura el profeta que “*la encontrará tu Dios contigo*” (Is 62, 5), es la alegría que marca tanto el inicio como toda la obra evangelizadora de Jesús. El Papa Francisco en sus dos exhortaciones pastorales ha querido incluir la alegría como signo de autenticidad de la evangelización (El gozo del Evangelio: *Evangelii Gaudium*) y de amor (La alegría del amor: *Amoris Laetitia*).

Pero la alegría quedaría frustrada si la Buena Nueva se anunciara con palabras y signos únicamente. La alegría más profunda, que es una alegría salvífica que sólo Dios puede regalar, es fruto también de la respuesta del creyente al Don de la fe que se le otorga por amor. Y esa respuesta, es una conversión concreta, e implica una renovación e incluso una reforma de todo aquello que sea contrario al plan de Dios para con nosotros. En este sentido es significativo, que san Juan nos narre inmediatamente después de las bodas de Caná, que Jesús vaya a Jerusalén para purificar el Templo, donde expulsa a los vendedores y denuncia que han convertido la casa de su Padre en un mercado (Cfr. Jn 2, 17). Sería ingenuo querer impulsar una misión y hacernos ciegos ante las estructuras pastorales que ya no responden a las necesidades actuales de las personas, sino que, peor aún, han cambiado su finalidad o intencionalidad. Las ventas en el Templo de Jerusalén quizá obedecieron en un principio a ofrecer un servicio a los peregrinos, pero seguramente el amor al dinero, “raíz de todos los males”, muy pronto cegó a los responsables del templo y encontraron en los servicios ofrecidos al pueblo una fuente de ingresos. Conocemos, por los sinópticos, la condena enérgica que Jesús hace de quienes fingen incluso largas oraciones, para adueñarse de los bienes de las viudas (Cfr. Mc 12, 40). En el Evangelio de Juan es clara la denuncia que hace Jesús ante el comercio de las cosas sagradas que se ha hecho.

En un plan de pastoral tenemos que integrar tanto la alegría evangelizadora, como la valentía renovadora de Jesús. No se trata de juzgar y condenar, porque la pedagogía evangelizadora tampoco lo permite; de lo que se trata es de ser valientes para descubrir con certeza que la verdadera alegría irá siempre acompañada de la iniciativa gratuita de Dios que desborda nuestra capacidad de respuesta (el agua convertida en vino) y la valentía renovadora que no teme ver con realismo aquellas acciones, estructuras y legalismos que

están obstaculizando la imagen de la Iglesia, a la que Dios desea ver como una “esposa que se ha embellecido lista para el novio” y no como quien se vende al mejor postor por intereses mezquinos tal como lo denuncian los profetas “*pleitad, pleitad con vuestra madre que se ha prostituido*” (Os 2,4). Nuestra falta de confianza en la Providencia de Dios que puede convertir el agua en vino, nos lleva a depender mucho del dinero y a comercializar los servicios. Hermanos y hermanas, busquemos la alegría de Dios en todo lo que hagamos en la misión, pero revisemos también con sinceridad si estamos reflejando la belleza del amor de Dios. Al llegar a esta Arquidiócesis, en mi primer homilía me comprometí a embellecer esta Iglesia. No pensé en construir hermosos edificios, sino en impulsar una renovación misionera que muestre a todos un rostro alegre y amoroso, pero también que muestre que estamos dispuestos a cambiar paradigmas y renovar estructuras y costumbres que afectan el rostro que, como Iglesia mostramos al mundo que queremos evangelizar.

4.4 Cuarta pista: encuentro y movimiento, claves del seguimiento

Para embellecer nuestra Iglesia, con la alegría del Espíritu, siguiendo el itinerario del evangelio de Juan, no basta con convertir el agua en vino y purificar el Templo, Jesús es consciente que no es fácil cambiar estructuras de un día para otro, por lo que no permanece quejándose porque en el Templo las cosas aún no funcionan, o porque los fariseos y escribas no tratan bien a la gente, Jesús se focaliza en su identidad y su vocación y por tanto la salida misionera será su principal estrategia para lograr la tan deseada renovación que Él y el pueblo fiel de Dios tanto anhelaban. Jesús y sus primeros discípulos serán por tanto, misioneros itinerantes, es decir, caminantes. El evangelio de Juan no nos presenta un itinerario de Jesús en base a lo que podría parecer una ruta clara, bien definida y obediente a un programa previamente planeado de principio a fin. Jesús aparece, incluso más que en los evangelios sinópticos, en continuo movimiento. Un día está en el Jordán (Jn 1, 35), tres días después va Caná de Galilea (Jn 2, 1), luego va a Jerusalén (Jn 2, 13), luego a Samaria (Jn 4, 1) y después vuelve a Galilea (Jn 4, 43) y así estará en un continuo movimiento. Pero el movimiento constante no es para Jesús indefinición pastoral como quien va errante. Para Jesús el continuo movimiento tiene como finalidad el encuentro con personas muy diversas y responde a una misión que le ha sido encomendada por su Padre. El encuentro con su persona, podríamos afirmar, es la base del nuevo camino de fe que Él está proponiendo. Juan buscaba la conversión desde su predicación y desde el bautismo que ofrecía de purificación; Jesús provocará la conversión mediante el encuentro con su Persona, con todo lo que está realidad implica.

San Juan Pablo II nos explica bella y claramente en su Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, que “*los Evangelios relatan numerosos encuentros de Jesús con hombres y mujeres de su tiempo*”. Y luego aclara la consecuencia de estos encuentros: “*Una característica común a todos estos episodios es la fuerza transformadora que tienen y manifiestan los encuentros con Jesús, ya que abren un auténtico proceso de conversión,*

comunidad y solidaridad” (EA 8). Los encuentros narrados por Juan son con personas muy concretas como la samaritana, Nicodemo, la mujer adúltera, el ciego de nacimiento y otros más, y se dan durante su misión; pero el evangelio también nos narra los encuentros transformadores después de su resurrección con Magdalena, con Pedro, Juan y los demás apóstoles. Los encuentros son, explica San Juan Pablo II, personales y comunitarios (Cfr. EA 9). Jesús camina, no está quieto y camina para encontrarse con personas y grupos a quienes les invita y anima a seguirlo. La conversión en un primer momento no se presenta como la exigencia de normas, requisitos o trámites a cumplir, se presenta como la exigencia a dejar el autorreferencialismo, salir de sí mismo y comenzar a seguir a la persona de Jesús. Pero esto no lo hace manipulando sentimientos, metiendo miedo o imponiendo una doctrina. Su persona, su trato, sus gestos, su palabra, su cercanía, su ternura y toda su manera de ser y actuar es tan atractiva que basta con una mirada y una sencilla invitación para que algunos dejen sus trabajos y ocupaciones y comiencen a seguirle. Esta pedagogía del encuentro con Jesús, de Persona a persona es la base de todo proceso evangelizador. En nuestra Arquidiócesis gracias a Dios existen numerosas iniciativas basadas en el kerigma, que es precisamente la buena noticia del encuentro con Jesucristo vivo hoy en la Iglesia, sin embargo, aún nos falta mucho por hacer ya que para muchos de nosotros, ofrecer la experiencia del encuentro con Cristo se limita a la posibilidad de que las personas asistan a un retiro y sabemos que hay muchos que jamás asistirán a nuestros encuentros de fin de semana no porque no quieran, sino porque por diversas razones familiares, laborales, de salud u otras, no pueden aunque quieran. Los encuentros comunitarios con Cristo son y seguirán siendo instrumentos muy valiosos, pero debemos dar un paso más; es preciso que, como nos pide el Papa Francisco, fortalezcamos la evangelización y el anuncio del kerigma, de persona a persona como lo hizo Jesús: *“Hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un misionero cuando visita un hogar. Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino”* (EG 127).

Pero la evangelización del “encuentro personal”, no supone que hay que movernos a buscar a otros porque ellos no se mueven, como si la fe llegara solo donde nosotros la llevamos. *“Hemos encontrado al Mesías”*, le dice Andrés a su hermano Simón (Jn 1, 41) lo que significa que ellos estaban buscándolo aunque aún no lo conocieran. El continuo movimiento de Jesús, su dinamismo es una búsqueda de quienes se sienten atraídos por su persona. Itinerancia, búsqueda y encuentro son tres experiencias claves en el evangelio de Juan. Así les sucede a aquellos discípulos del bautista que inquietos esperaban al Mesías: *“Jesús pregunta a dos discípulos que le seguían: “¿Qué buscan? A lo que responden ‘Maestro ¿dónde vives?’”* (Jn 1, 38-39). El interés por saber dónde está Jesús aparece a lo largo del Evangelio: *“Cuando la gente se dio cuenta de que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, subieron a la barca y se fueron a Cafarnaín a buscar a Jesús”* (Jn 6, 24). Así es

la misión, por lo que hay que salir para dejarnos encontrar por la gente que tiene sed del agua viva de un encuentro con Cristo como aquella Samaritana que anhela la llegada del Mesías. En los barrios de nuestras parroquias, en nuestros trabajos y en todo lugar hay personas como el ciego de nacimiento (Jn 9, 1-7) que nunca asistirán a un encuentro de fin de semana. Si salimos como Jesús, aunque no haya un plan establecido a detalle, nos encontraremos con muchas personas que nos esperan. Las puertas abiertas y la salida misionera tiene un primer objetivo: ofrecer a todos la posibilidad de un encuentro con Jesucristo vivo. Todo cuanto hagamos en la oficina parroquial, en el trabajo, en la escuela, en la misión, todo debe tener esta perspectiva kerigmática. *“Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del **encuentro con Jesucristo**. No tenemos otro tesoro que éste”* (DA 14). Les invito a leer detenidamente cada encuentro que nos narra el evangelio de Juan y aprendamos la pedagogía misionera de Jesús contemplando cómo dialoga Él con cada persona, cómo se acerca, cómo tiene la iniciativa y provoca el encuentro, cómo escucha, etc.

4.5 Quinta pista: la caridad pastoral es entrega de la vida que da frutos

En el centro del evangelio de Juan, como clave fundamental para comprender el itinerario misionero de Jesús, se nos presenta la figura de Jesús como Buen Pastor. En la Iglesia, desde el Concilio Vaticano II se ha identificado toda acción evangelizadora dirigida a cercanos y alejados, e incluso a los que no se consideran miembros del rebaño, como acción pastoral. La acción pastoral sería por tanto toda acción que la Iglesia realiza, bajo la guía de Jesús, Buen Pastor. Pero el evangelio de Juan presenta algunas características muy concretas del Buen Pastor que nos darán luces de cómo debe ser nuestra pastoral diocesana, parroquial y de cualquier comunidad, grupo o movimiento si en verdad seguimos a Jesús como ovejas de su rebaño y si en verdad deseamos conducir a quienes forman parte de nuestra comunidad eclesial al encuentro con Cristo Buen Pastor.

En primer lugar, al inicio del capítulo diez del evangelio de Juan, Jesús se presenta como puerta y afirma que *“quien no entre por la puerta”*, es decir por Jesús, *“es un ladrón y un salteador”* (v 1). Y agrega, *“el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas”* (v. 2). Ser Iglesia de puertas abiertas no significa masificación; no es la apertura para una estampida de salida o de entrada. El Buen Pastor, aclara, se distingue porque: *“las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una a una y las saca fuera. Cuando ha sacado a todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”* (vv. 3-4). Cuando nos desanimamos y afirmamos equivocadamente que “no vino gente” cuando hay dos o tres personas, y suspendemos la actividad planeada, lo que reflejamos es que el interés no está en la oveja que tiene una historia y un nombre, sino en nuestro deseo de

éxito y reconocimiento que se vio frustrado por el aparente fracaso. Cuando en la planeación nos focalizamos únicamente en la masificación corremos el riesgo de perder lo más valioso que tenemos: cada oveja, cada persona.

Pero la acción y la planeación pastoral, desde la óptica de Jesús, van más allá del deseo de éxito y por el contrario, se identifica con la entrega de la propia vida, incluso ante el aparente fracaso personal: *“Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por las ovejas. El asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, cuando ve venir al lobo abandona a las ovejas y huye... porque no le importan las ovejas”* (vv.11-13). De esta enseñanza podemos sacar un sin número de conclusiones. Por ahora basta decir que cuando la acción pastoral que planeamos tiene como fin nuestra propia satisfacción, no podremos enfrentar los retos y peligros propios de la misión. En cambio, si seguimos a Jesús, encontraremos en el sacrificio y la entrega, la fuente de nuestra alegría evangelizadora. Los frutos verdaderos en la misión, frutos de vida en abundancia (Cfr. Jn 10, 10), como los que Jesús desea que demos, se consiguen únicamente a base de entrega, de sacrificio, de renuncia a los bienes, a los privilegios y a los aplausos. Aquí se distingue una auténtica pastoral, en el amor que se tiene por el rebaño manifestado en una incansable misión que no se limita por críticas, por falta de dinero, por incomprendiones o por la poca respuesta.

Un plan o programa pastoral debe por tanto, evitar centrarse únicamente en eventos exitosos, en planeaciones expansionistas que proyectan nuestros deseos de grandeza; un plan de pastoral debe basarse, en la atención pastoral a cada una de las personas bautizadas, cercanas y alejadas, que forman nuestra comunidad a la que hemos sido enviados a evangelizar y atender. Pero la planeación también debe contemplar a quienes aún no forman parte de nuestros fieles, grupos o movimientos, a los que aún no creen: *“También tengo otras ovejas”*, afirma Jesús, *“que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor”* (Jn 10, 16). Es cierto que hay que ser realistas y no podemos abarcar todo, pero hay que tener fe y creyendo tener vida en el nombre de Jesús y sólo teniendo en verdad la vida podremos ofrecerla en entrega generosa. No todo depende de nosotros, Jesús camina a nuestro lado, nos convoca, nos orienta, nos defiende y nos invita a seguir sus huellas y a preocuparnos en verdad por la atención pastoral de todos.

El evangelio de Juan como los sinópticos, no oculta las debilidades de los seguidores de Jesús. Es de todos conocida la triple negación de Pedro, quien amaba entrañablemente a Jesús y quien había dejado todo para seguirle. Pedro vivió junto a los demás el escándalo de la traición de Judas y el escándalo del aparente fracaso pastoral de Jesús crucificado. Pedro vive junto a todo esto, la frustración de su propia debilidad al negar al Maestro quien lo había puesto al frente de la pastoral. La entrega de la vida siempre da frutos, aunque a veces no se noten pronto. Jesús resucita del sepulcro y se aparece a sus discípulos en varias ocasiones cumpliendo aquello que les había enseñado: *“Si el grano de trigo no caen en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24). Ahora Jesús

resucitado se encuentra con Pedro a orillas del mismo lago en el que hacía tres años lo había llamado. Aquél Pedro orgulloso ahora purificado por sus lágrimas y por la resurrección de Jesús, con una conciencia clara de haber huido por miedo y haber abandonado no solo a Jesús, sino al resto del rebaño, lo encuentra nuevamente resucitado y camina detrás de Él. Jesús le hace una triple pregunta: “¿Me amas más que éstos?”, a lo que responde tres veces, con cierta tristeza, “Señor, tu lo sabes todo, tu bien sabes que te amo” y a lo que Jesús a su vez responde tres veces: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 15-17). Jesús confirma a Pedro en su misión y le invita a seguirle nuevamente (Cfr. Jn 21, 19) como lo había hecho desde el primer y emocionante encuentro. Ahora el seguimiento personal y comunitario que debe hacer y deberá conducir como cabeza de la Iglesia estará basado en la entrega: “Cuando eras más joven tu mismo te ceñías e ibas a donde querías. Cuando seas viejo no lo harás. Otros te ceñirán y te llevarán a donde no quieras” (Jn 21, 18). En adelante los planes de Pedro y de los demás discípulos no deberán ser el centro de la acción pastoral, sino la entrega de la vida al apacentar, no a sí mismos, sino a las ovejas. “Con esto le indicó el género de muerte con el que habría de glorificar a Dios” (Jn 21, 19).

Hermanos y hermanas, la debilidad de Pedro y de los demás discípulos que huyeron al ver llegar el peligro, es la misma debilidad que muchos de nosotros hemos mostrado al no atender o incluso abandonar al pueblo de Dios. Nos consuela saber que los primeros discípulos también titubearon y quisieron desandar el camino. Pero Jesús resucitado, el Buen Pastor nos invita hoy a volverlo a encontrar vivo y resucitado. Nos pregunta también: ¿Me amas más que estos? y nos exhorta nuevamente: “Apacienta mis ovejas”. Espero en Dios que nuestro nuevo “plan de pastoral” nos ponga en verdad en movimiento, nos ayude a abrir las puertas y a salir, sí, pero también a desgastarnos, a cansarnos, a caminar de manera itinerante como Jesús para conducir por su nombre a cada una de las ovejas y buscar a las que aún no forman parte de este rebaño.

Concluyo este capítulo recordándoles e invitándoles a recobrar, renovar e intensificar la intencionalidad de la acción pastoral con una lectura de atenta escucha del evangelio de Juan. “Mis ovejas escuchan mi voz”, afirma Jesús, “yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10, 27), la actitud contraria es la de quienes, no han oído nunca la voz del Padre ni han visto su rostro y su Palabra no habita en ellos porque no quieren seguir a Jesús (Cfr. Jn 5, 37-39); por ello, aunque estudian las escrituras buscando vida eterna, no conocen el amor de Dios (Cfr. Jn 5, 39.42). Y si no conocen el amor de Dios nunca podrán entregar su vida. Hermanos y hermanas, en nuestra Arquidiócesis de Monterrey hay una gran cantidad de hombres y mujeres que se han encontrado con Cristo, a todos los convoco a unirse en comunión en esta nueva etapa evangelizadora. Les invito a sumarse a nuestro plan de pastoral y caminar juntos, detrás de Jesús como discípulos como ovejas que confían en su resurrección; pero también les exhorto a sumarse en la tarea misionera y siguiendo las líneas de acción que emanen de las asambleas pastorales, ponerse en camino de seguimiento de Jesús y sintiéndose en verdad Iglesia, comunidad siempre en camino de entrega.

CAPÍTULO V

El proceso para la elaboración e implementación de nuestro Plan de Pastoral 2017-2019

5.1 El proceso planeación pastoral

En los primeros tres capítulos, hemos reflexionado sobre el significado que tiene para nosotros ser Iglesia, comunidad siempre en camino, así como también los desafíos que enfrentaremos si queremos planear caminando y asumir en este proceso un cambio de mentalidad que nos lleve a ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida misionera. Por otro lado, en el capítulo cuarto les ofrecí algunas pistas y claves de lectura del evangelio de san Juan, de tal modo que todo lo que hagamos, como fruto de nuestra planeación pastoral, esté inspirado en la forma en la que Jesús llevó a cabo su acción entre nosotros como Buen Pastor, así nuestros proyectos los haremos con una pedagogía pastoral en clave evangélica.

Ahora, en este último capítulo, deseo presentarles brevemente en qué consiste el Modelo Pastoral que estamos construyendo y que vamos asumiendo como Iglesia que camina en Monterrey, además de proponerles el proceso para la elaboración e implementación que hemos mantenido y que seguiremos para contar con un Plan de Pastoral en el que nos involucremos todos. Con la mirada agradecida y al concluir recientemente en la Arquidiócesis de Monterrey el Plan de Pastoral Orgánica 2011-2015, vi la oportunidad de un cambio en el proceso de elaboración de planeación pastoral, para asumir una mirada común de la realidad, que sentimos y vivimos las personas, las comunidades y la ciudad, recobrando como discípulos misioneros, la intencionalidad pastoral siendo fieles al Evangelio y a la persona de Jesús a quien seguimos. En la Asamblea Eclesial Diocesana del 2015, año en que concluía el plan anterior, les propuse no iniciar el nuevo Plan en enero del 2016, como quizá se esperaba y les invité a darnos un tiempo de gracia antes de iniciar formalmente el nuevo Plan. ¿A qué se debió este tiempo de gracia? Esta moción de esperar obedecía a que el Santo Padre nos propuso un Año Jubilar para que, como Iglesia, asumiéramos una camino de reflexión y revisión desde la óptica de la Misericordia; por ello, decidimos dedicar ese año 2016, a acercarnos a la realidad de nuestra Arquidiócesis con una mirada contemplativa, comunitaria y misericordiosa. La propuesta se basó en la

convicción de que, si bien la planeación de actividades es importante, lo es más aún la persona a quien dirigiremos nuestra misión, por lo que era necesario primero acercarnos, dialogar y dejarnos empapar de la realidad, así como lo hizo Jesús, antes de proponer acciones concretas a realizar.

Veo necesario que definamos juntos el modo en el que ofreceremos nuestro servicio evangelizador y toda acción pastoral, evitando convertir la misión en un quehacer desarticulado o en un activismo, muchas veces sin sentido. Deseo para esta Iglesia, un proceso de planeación pastoral que nos involucre a todos, saliendo de nosotros mismos y llendo al encuentro de Dios que vive en la ciudad. Al hablar de proceso nos referimos a las distintas actividades que hay que realizar por etapas, donde cada una de ellas nos permite alcanzar la siguiente. Ninguna es aislada sino por el contrario, cada etapa se complementa con la anterior y enriquece la siguiente.

En este proceso deben participar los discípulos misioneros ya comprometidos en las tareas de las comunidades y todas las instancias pastorales, sin olvidarse del resto de la comunidad, contando con la opinión de los que por alguna razón se han alejado de la Iglesia y con la perspectiva de expertos en el contexto social de distintos aspectos de la ciudad en este cambio de época. El itinerario de planeación no debe ser motivo de agobio, ni debe ser visto como una carga más que llevar a costas, sino como una oportunidad para descubrir que la alegría también está en el camino y no sólo en la meta. El proceso favorecerá la madurez de nuestras comunidades cristianas dando como fruto un Plan de Pastoral que buscará dar unidad a todas las actividades comunitarias que se encuentran dispersas y desarticuladas, siendo además una guía para la toma de decisiones comunitarias, permitiendo a la continuidad del camino pastoral que llevan hecho tanto las comunidades, como las instancias pastorales. No se trata de dejar lo que estamos haciendo sino de reorientarlo y enriquecerlo.

Asumo con gusto esta orientación que el Papa Francisco ofrece en *Evangelii Gaudium*: “*En su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, (el obispo) tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación...y otras formas de diálogo pastoral...el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos*” (EG 31). Por este motivo y animado por la voz del Sumo Pontífice, el proceso ha contemplado la realización de Asambleas Eclesiales como espacios donde todos podamos decir lo que sentimos, pensamos y queremos, de manera fraterna y responsable. Estos encuentros se han llevado a cabo en distintos niveles, pero privilegiando la comunidad parroquial ya que desde la base, se generará la conversión pastoral que se requiere en toda la Arquidiócesis.

El proceso que hemos iniciado es un camino largo en el que iremos llevando a cabo el Plan de Pastoral desde sus inicios hasta su conclusión y evaluación. Este proceso durará alrededor de cinco años: un año de Preparación, tres años del Plan Pastoral y un año de Evaluación y Proyección del siguiente Plan.

5.2 El modelo y el método pastoral

En la Asamblea Eclesial Diocesana del 2015 definimos dos cosas: el “Modelo Pastoral” que íbamos a asumir y “Método Pastoral” con que íbamos a trabajar.

El Modelo Pastoral es el “modo como queremos hacer nuestra acción pastoral”. En ese encuentro asumimos que queríamos que la acción pastoral de la Iglesia de Monterrey fuera Contemplativa, Comunitaria y Misericordiosa. Somos una Iglesia en Camino y una Iglesia de puertas abiertas y en salida que busca encontrar maneras para que su pastoral sea contemplativa, comunitaria y misericordiosa. Por otra parte, el Método Pastoral define “los pasos que vamos a dar para llegar a nuestro fin”. Iluminados por el Documento de Aparecida, decidimos asumir el método Ver, Juzgar y Actuar; método que se ha usado en muchas diócesis y en diversos proyectos pastorales en Latinoamérica.

En el proceso que hemos vivido a lo largo de este año, al emplear el método Ver, Juzgar y Actuar de manera Contemplativa, Comunitaria y Misericordiosa, descubrimos que nuestro método pastoral se enriquecía. El paso del “Ver” se transformaba en una “Mirada Pastoral”: como Iglesia lo primero que teníamos que hacer es salir a contemplar a Dios que vive y actúa en la ciudad asumiendo una mirada compasiva. El paso del “Juzgar” se convertía en un ejercicio de “Discernimiento Comunitario”: después de salir y contemplar, necesitamos regresar y encontrarnos fraternalmente para dialogar, que todos digan su palabra y que juntos busquemos iluminar la realidad desde Jesús. El último paso sería el “Actuar”, que en nuestro modelo pastoral significará asumir una “Pastoral Misericordiosa”: que toda nuestra acción pastoral manifieste la ternura de Dios, que busquemos hacer siempre el bien posible, que la intención primera de toda acción pastoral sea la santificación de los fieles.

5.3 Los núcleos de atención pastoral

Como expliqué antes, desde el ministerio pastoral veo que la Iglesia de Monterrey se enfrenta ante tres desafíos *ad extra* que le presenta la ciudad, lugar de encuentro con Dios lleno de oportunidades. Estos desafíos los propongo como “Núcleos de Atención Pastoral”. Estos núcleos pueden profundizarse y así, evangelizar las realidades más profundas de la ciudad, si a la luz de las primeras comunidades cristianas (Cfr. Hch. 2, 42-47), nos preguntamos: ¿cómo estamos amando?, ¿cómo estamos compartiendo la vida? y ¿cómo estamos sirviendo a nuestros hermanos pobres? De esta forma los núcleos nos ayudarán a detener y enfocar nuestra mirada para descubrir urgencias pastorales a las que debemos buscar responder eclesialmente de manera significativa, creativa y pronta.

Para nuestro Plan de Pastoral 2017-2019 hemos pedido que cada uno de los tres años del Plan aborde un núcleo de atención pastoral: en el 2017 queremos atender el núcleo de

persona—familia, en el 2018 el núcleo de comunidad—ciudadanía y en el 2019 el de pobreza—solidaridad.

El realizar un núcleo por año no significa que al concluir ese año e iniciar otro, lo planeado de ese núcleo se deja a un lado; lo que se busca es ir asumiendo poco a poco, en el proceso, cada núcleo, de manera que los proyectos pastorales que se hayan asumido, continúen en los siguientes años. Sucede como en el proceso de enseñanza—aprendizaje que se da en la escuela, en un año adquirimos una enseñanza significativa y al pasar al siguiente grado, los maestros suponen que los contenidos y habilidades aprendidas en el año previo han sido asimiladas, siendo necesarias para continuar estudiando cosas nuevas. Así, el aprendizaje se aplica y se acumula para seguir creciendo y desarrollando. Esto deseamos que suceda con cada núcleo en cada año del Plan de Pastoral.

Hemos pedido que el Plan de Pastoral sea a tres años y no a cinco—como lo hacíamos antes—, esto obedece a que los cambios socioculturales que vivimos se dan con mayor velocidad, siendo muy probable que en dos años e incluso antes de concluir el Plan, se nos presenten nuevas urgencias por atender. Hay que recordar que somos una Iglesia en camino que asumirá, con mucha esperanza, lo que en el camino vaya apareciendo, sin que esto choque con proyecto trazado.

También hemos visto conveniente que las Asambleas Eclesiales Diocesanas (AED), que tradicionalmente se llevan a cabo cada año en el mes de diciembre, ahora se lleven a cabo en el mes de septiembre. En estas Asambleas, se definirá el objetivo pastoral de la Arquidiócesis para el siguiente año y se darán las orientaciones pastorales con las que se buscará atender el núcleo de atención pastoral correspondiente. De esta manera, las distintas estructuras pastorales (parroquias, movimientos, secretariados, etc) tendrán los meses de octubre a diciembre para diseñar, en base a los acuerdos y orientaciones que surjan de la Asamblea, los proyectos pastorales para el siguiente año civil.

Animados y asesorados por la Vicaría de Pastoral, al iniciar cada año civil, al mismo tiempo que implementaremos acciones pastorales del núcleo abordado en la asamblea previa, también realizaremos la “mirada pastoral” correspondiente al siguiente núcleo por emprender. Así, durante el proceso del plan, la “salida” será permanente, no sólo para efectuar acciones misioneras, sino para contemplar la presencia y la acción de Dios en nuestros barrios y comunidades. Esta mirada será compasiva, de tal manera que afecte el corazón de aquellos que salen a ver. La mirada será orientada para no perdernos en una realidad que nos desborda, además estará enfocada al núcleo que queremos atender cada año. Después de mirar pastoralmente, nos reuniremos en Asambleas para discernir comunitariamente, en un ambiente de oración y a la luz de la Palabra de Dios. Dialogaremos y descubriremos las urgencias que, como Iglesia regiomontana, debemos atender pastoralmente con respecto a ese núcleo de atención. Con estas urgencias llegamos a la Asamblea Eclesial Diocesana de este año; en la cual definiremos el objetivo pastoral de la Arquidiócesis para el próximo año civil y formularemos las orientaciones pastorales con

las que las comunidades parroquiales y las demás estructuras pastorales elaborarán sus proyectos pastorales con los que atenderemos el núcleo de atención pastoral que corresponda.

Conclusión: ¡Vamos a caminar!

Hemos recorrido el camino de meditación acerca de lo que significa y lo que implica como Iglesia, *ser una comunidad siempre en camino*. También hemos definido el modelo pastoral que vamos a asumir y el método con el que vamos a trabajar. Hay que recordar que el método busca no sólo proponernos una manera de planear pastoralmente, sino también una forma de ser Iglesia en camino. Por ello, ahora los invito a ponernos a caminar, aunque nos parezca que el plan aún tiene elementos por definir, ya que parte de ello es hacerlo en camino.

Todos debemos tener la tranquilidad de que, aunque no tenemos definido los proyectos pastorales de los próximos tres años, sí tenemos clara la dirección hacia la que nos dirigimos y el método que irá orientando nuestro caminar pastoral. Ningún proceso o método es perfecto y por ello es perfectible, por lo que el mismo caminar pastoral nos irá enseñando lo que podemos ir mejorando cada año de nuestro Plan de Pastoral, para que ese aprendizaje nos ayude a seguir mejorando tanto en el siguiente núcleo, como en el siguiente Plan Pastoral.

Que la Virgen María, discípula misionera, que con prontitud y disponibilidad se puso en camino para dar testimonio de la Buena Nueva a su prima Isabel, nos contagie como a ella de la alegría que sólo el Espíritu Santo puede otorgarnos cuando nos abrimos a los misteriosos caminos de Dios, para quien nada es imposible. No dejemos que las dudas o el miedo ante lo nuevo y desconocido nos impidan ponernos en camino. La promesa del Espíritu Santo que Jesús hizo a sus discípulos al enviarlos en misión y la promesa que el Arcángel Gabriel hizo a María de la asistencia del poder de Dios, es también una promesa para nosotros. Imploramos un nuevo Pentecostés y pidamos a María, en su advocación de Nuestra Señora del Roble, Patrona de nuestra Arquidiócesis, que interceda por todos nosotros para que podamos llevar a cabo una auténtica renovación misionera.

Dado en Monterrey, N.L. a los 15 días del mes de septiembre, memoria de Nuestra Señora de los dolores, del año Jubilar de la Misericordia 2016.

Prot. No. 700/2016

Mons. Rogelio Cabrera López
+Arzobispo de Monterrey+

En comunión con nuestro Arzobispo sucribimos también esta carta:

Mons. Alfonso Gerardo Miranda Guadiola
+Obispo Auxiliar+

Mons. Juan Armando Pérez Talamantes
+Obispo Auxiliar+

Doy fe:
Pbro. Lic. Oscar Efraín Tamez Villarreal
Secretario-Canciller

BIBLIOGRAFÍA

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS*, LIBRERÍA EDITRICE VATICANA, Citta del Vaticano 1997.

FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual, Roma, 24 de noviembre de 2013.

FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, BULA DE CONVOCACIÓN DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA, Roma, 11 de abril de 2015.

PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, a cerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, Roma, 8 de diciembre de 1975.

CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, Roma, 21 de noviembre de 1964.

FRANCISCO, Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia, Roma, 19 de marzo de 2016.

JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Ecclesia in America* sobre el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América, 22 de enero de 1999.

V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *DOCUMENTO CONCLUSIVO*, Aparecida, 13-31 de mayo de 2007.

NOTAS

[1] Benedicto XVI, *Homilía del 4 de junio del 2006*.

[2] Mons. Rogelio CABRERA LÓPEZ, *Vida Nueva en Cristo: Comunión orgánica en la Iglesia*, 25 de Enero de 2015, p 15.

[3] Mons. Rogelio CABRERA LÓPEZ, *La Pastoral en las grandes ciudades*, CUADERNOS PASTORALES I, Arquidiócesis de Monterrey, 2015.

[4] *Ibidem*.

[5] Véase “Discurso del Papa Francisco a los Obispos de México en Catedral de la ciudad de México”, 13 de febrero 2016.

[6] *Ibidem*.

[7] *Ibidem*.

[8] N.B. Este modo de hacer caridad es llamado por el papa Francisco como “Caridad a la carta” (Cfr. EG 180).

[9] Véase “Discurso del Papa Francisco a los Obispos de México en Catedral de la ciudad de México”, 13 de febrero 2016.